

SUKETU MEHTA

La vida secreta de las ciudades



LITERATURA RANDOM HOUSE

*La vida secreta
de las ciudades*

SUKETU MEHTA

Traducción de
Cruz Rodríguez Juiz



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

1

MIGRACIÓN. NARRAR LA CIUDAD

¿Cuál es la historia de una ciudad? ¿Cuál es la historia de Mumbai, de Nueva York, de São Paulo? Depende de quién la cuente y de quién la escuche.

Está la ciudad estadística y está la ciudad impresionista: la percepción que cada individuo, turista o residente, tiene de una ciudad en particular. Cuando los datos estadísticos contradicen las impresiones del individuo, a menudo resulta chocante. Pero no por ello sus impresiones son menos convincentes. Los turistas que visitan Nueva York la ven como un paraíso multiétnico donde las razas se pasean por las avenidas formando un espléndido mosaico. La verdad estadística, sin embargo, es que se trata de la segunda ciudad más segregada de Estados Unidos.

Toda ciudad tiene dos tipos de narrativa: la historia oficial y la historia oficiosa. La historia oficial se publicita a bombo y platillo; la oficiosa es más discreta, pero también es más probable que perdure.

La oficiosa se transmite mayoritariamente por vía oral: se oye en los locutorios de los barrios de inmigrantes de nuestras ciudades, en los vídeos y cedés que preparan para enviar a la familia, en las baladas y canciones tradicionales de las películas de Bollywood y en las telenovelas. Son las noticias sobre la ciudad que los inmigrantes transmiten al pueblo.

La mayoría de las veces el resto de la gente no tiene acceso a esas historias, en parte a causa del idioma y, en parte, por lo primitivo de la tecnología. En Mumbai, por ejemplo, existe una comunidad de escribientes que se sientan a las puertas de la oficina de correos y ayudan a los inmigrantes iletrados a escribir a los parientes del pueblo.

Muchos de sus clientes son prostitutas; los amanuenses les ayudan a construir ficciones sobre su vida en la ciudad para enviarlas a sus atribulados padres. Crean personajes de mujeres de la limpieza, secretarias o teleoperadoras. Y los escritores de cartas también crean otras ficciones para las prostitutas: les escriben cartas a los clientes, cartas de amor, contándoles cuánto los añoran, lo mucho que necesitan el dinero para el niño, para no acostarse con otros. Los escribientes también son narradores.

En Ciudad de México me encontré con otro grupo de amanuenses sentados a la sombra de un soportal en el degradado zona centro. Uno de ellos tecleaba en una Selectric IBM algún tipo de correspondencia comercial. Antes había ocho o nueve escribientes especializados en cartas de amor, pero ya solo queda un par. Viven tiempos difíciles, me contó el escritor de cartas

comerciales.

¿Por qué? ¿Internet está matando el negocio?

No, me contestó. «Es porque ya nadie se enamora.»

Esas cartas no constan en los archivos de los historiadores. Pero deberían. Cuando el pueblerino se traslada a la ciudad, lo primero que hace es mandar una carta a casa con dinero; es una historia.

Estas historias oficiosas son esenciales para que el emigrante mantenga alguna continuidad. Durante la mayor parte de nuestra historia como especie no hemos sabido adaptarnos al movimiento continuo, radical. Hemos permanecido en un lugar, en nuestros pueblos. Pero en el último cuarto de siglo, la población emigrante del mundo se ha duplicado. Hoy, 750 millones de personas viven en un país donde no han nacido: uno de cada veintiocho seres humanos. Si todos los emigrantes conformaran una nación, constituirían el quinto país más grande del planeta. Y estamos solo al principio: a medida que la guerra, las desigualdades y el cambio climático nos empujen más que nunca al extranjero, el fenómeno que definirá a la humanidad del siglo XXI será la migración masiva.

Mi propia familia ha vivido por todo el planeta, desde la India a Kenia e Inglaterra y Estados Unidos y de vuelta a la India... y sigue mudándose. Uno de mis abuelos cambió el Gujarat rural por Calcuta en los albores del siglo XX; mi otro abuelo, que vivía a medio día en carro tirado por bueyes del primero, se mudó a Nairobi poco después. En Calcuta, mi abuelo paterno se unió al negocio de joyería de su hermano mayor; en Nairobi, mi abuelo materno comenzó su carrera, a los dieciséis años, barriendo el suelo del despacho de contabilidad de su tío. Así empezó el viaje de mi familia del pueblo a la ciudad. Fue, ahora me doy cuenta, hace menos de cien años.

Cuando regreso a Mahudha, de donde proviene la familia de mi padre, encuentro una casa con duraderos armarios de teca de Birmania, un pozo junto a un mango en el patio y una sensación de paz tras altos muros. Pero el pueblo se ha convertido en una ciudad pequeña; Mahudha ahora cuenta con unos dieciséis mil residentes, su propia página de Facebook y una organización que reúne a sus oriundos en Nueva Jersey (la mayoría *patels*, a los que mi familia miraría por encima del hombro). En la página de Facebook hay una invitación: «Pícnic estival Mahudha Gaam 2012. Parrillas y refrescos en el Pícnic Estival Anual Mahudah Gaam. Ven a divertirte con la familia». Lugar de encuentro: Parque Roosevelt, arboledas 2A y 2B, Edison, Nueva Jersey.

Durante nuestros primeros años en Estados Unidos la familia solía mandarnos cartas desde la India, finas páginas plegadas en tres, en las que cada centímetro estaba cubierto de escritura, de noticias urgentes, imprescindibles: el hijo de Nirufoi se había casado, Ashaben tenía problemas cardíacos, el precio de las cebollas se había disparado a diez rupias el kilo y eran tiempos difíciles. Cuando podíamos permitirnoslo, muy de vez en cuando, telefoneábamos.

Mi padre aún levanta la voz en las conferencias desde su casa de Nueva Jersey a la mía de Nueva York. Todavía a finales de la década de 1990, para llamar al extranjero desde la India, o incluso a otra ciudad india, había que reservar una llamada al monopolio telefónico estatal. Podías pedir una llamada normal, una llamada «exprés» o una llamada «relámpago», las tarifas se incrementaban según la urgencia. Te daban un número de reserva y esperabas todo el día, y luego sonaba el teléfono y la operadora confirmaba tu identidad y la de quien llamara y os conectaba... durante tres minutos. Transcurridos los tres minutos, la operadora interrumpía la discusión amorosa o comercial y preguntaba: «¿Continúo?». «¡CONTINÚE!, ¡CONTINÚE!», bramaba mi padre, y conseguía otros tres minutos.

En su búsqueda de la felicidad, a veces avariciosa, a veces altruista, mi familia ha viajado por todo el mundo, de pueblos a ciudades. ¿Cómo mantenemos cierto sentido de continuidad? Como todos los emigrantes, nos consolamos de este movimiento incesante contándonos cuentos; el recuerdo, la recopilación, como antídoto contra el desplazamiento.

En Nueva York mis hijos, estadounidenses de nacimiento, se sientan con mi madre a que les cuente historias que les contó su padre sobre viajes por las tierras del África oriental vendiendo tejidos y whisky de una empresa escocesa; y se sientan con mi padre a que les hable de cómo el suyo compraba el patrimonio de los maharajás disolutos de Calcuta para su negocio de joyas. Con estos hilos narrativos tejemos parches para remendar el maltrecho tejido temporal de la familia. Y continuamos.

Recibí mi educación de escritor en un balcón del norte de Calcuta, en el patio de un moderno bloque de viviendas en Bombay y en la cafetería de una brutal escuela católica en Jackson Heights. Primero fue la observación; luego, el flirteo con la experiencia. Provengo de tres generaciones de comerciantes de diamantes. A mi abuelo, mi padre y mi tío, a los tres les gusta contar anécdotas. En el mercado de diamantes importa lo específico. No puedes juzgar, por ejemplo, si todo un grupo de «judíos» es de fiar para los negocios o no. Tienes que hablar de un judío en particular. Conocer las peculiaridades de la personalidad del cliente, en un negocio basado enteramente en la confianza, marca la diferencia entre la bancarrota y la fortuna. Por tanto, los hombres de mi familia eran expertos en analizar personalidades y se transmitían dicho conocimiento por medio de las historias que contaban. El comercio de diamantes no es algo que se aprenda en una escuela de negocios.

En Eufemia, la ciudad invisible de Calvino, los mercaderes de siete naciones se reúnen cada solsticio y cada equinoccio para comerciar en los bazares; pero, lo que es más importante, concluida la transacción, mientras yacen sobre los sacos y toneles vacíos, intercambian relatos. Cada palabra que pronuncian —«hermana», «batalla», «amantes»— suscita una historia de los otros. Hoy comenzaré mis historias no con una palabra, sino con una estadística, la estadística

más importante de nuestra época: por primera vez en la historia, viven más seres humanos en las ciudades que en los pueblos. Nos hemos convertido en una especie urbana. En 1900, el 10 por ciento vivíamos en ciudades; en 2010, el 53 por ciento y, para 2050, cuando seamos nueve mil millones de personas en el planeta, el 75 por ciento habitaremos en ciudades. En 1970 el mundo tenía solo dos megaurbes o ciudades de más de diez millones de habitantes: Nueva York y Tokio. Hoy, son veintitrés; en 2025, serán al menos treinta y siete. La mayoría estarán en países en desarrollo, lo que solíamos llamar el tercer mundo.

Toda nuestra historia reciente puede entenderse contemplándola a través de la lente de la urbanización. Las revoluciones de Oriente Próximo se han producido en ciudades, no en pueblos; necesitan una masa crítica de gente que se reúna en las plazas públicas. Mohamed Bouazizi, el vendedor ambulante tunecino que se inmoló, se había educado en un pueblo. Su protesta fue la de un aldeano al que la ciudad exigía obediencia a las leyes de zonificación urbana. Después toda la gente de los pueblos y las ciudades de la región salieron a protestar. Bouazizi se prendió fuego, y el fuego encendió miles de chispas que volaron a todas partes, en todas partes.

El terremoto y el tsunami de Japón de 2011 fueron más dañinos porque afectaron a un país densamente poblado y altamente urbanizado, que necesita electricidad y, por tanto, depende de la energía nuclear. Este año, el ébola ha devenido pandemia debido a la emigración desde los densos bosques de África occidental a los densos barrios de los suburbios. Como ha señalado recientemente Peter Piot, el investigador que descubrió el ébola: «En las ciudades grandes, en particular en los caóticos suburbios, resulta prácticamente imposible encontrar a aquellos que han tenido contacto con los pacientes por mucho empeño que se ponga. Por eso me preocupa tanto Nigeria. El país tiene megaurbes como Lagos y Port Harcourt, y si llega el virus del ébola y empieza a extenderse, provocará una catástrofe inimaginable».

La urbanización ha tumbado nuestras políticas de seguridad nacional. Resulta significativo que Osama Bin Laden decidiera ocultarse en la agradable ciudad de Abbottabad en lugar de en los barrancos del Hindú Kush. La ciudad concede mayor anonimato que el campo. En las montañas lo habrían reconocido fácilmente; en la ciudad, para sus vecinos, su casa era solo otro complejo vallado, donde los ricos llevan vidas privadas, incluso secretas.

Como observó Hamid Gul, ex jefe de los servicios secretos paquistaníes (ISI): «Deberíamos haber sabido que esta gente (Al Qaeda) había desarrollado un patrón de comportamiento; desde Khaled Sheikh Mohammed a Abu Faraj al-Libi y los demás, todos fueron capturados en ciudades. El ISI, la CIA y el FBI deberían haber sabido que no debían buscarlos en áreas tribales, sino en ciudades».

Personas como Bin Laden, que se consideran hombres de Dios, mantienen una relación difícil con las ciudades; son de ciudad pero persiguen huir de la urbe en las montañas, aunque luego regresan a ella en busca de refugio. Las ciudades son un «Jódete» escupido a la cara de la

naturaleza. Construimos cosas para empequeñecernos. Le decimos a Dios: nosotros también podemos erigir montañas, pero con ascensores. Por eso la Ciudad se asocia con tanta frecuencia con el pecado, Sodoma y Gomorra. Cuando estaba escribiendo *Ciudad total*, conocí a una familia jainista que se había convertido a la vida monástica. Una de las leyes que debían obedecer era la siguiente: durante varios años después de entrar en la orden, tenían prohibido ir a Bombay, que llamaban *paap ni bhoomi*, «tierra de pecado».

Para Mahatma Gandhi el pueblo era el espacio puro, libre de los vicios que corrompen la ciudad. «La India no se encuentra en sus escasas ciudades, sino en sus setecientos mil pueblos —decía a menudo. Y añadía—: Considero el crecimiento de las ciudades algo maligno, una desgracia para la humanidad y para el mundo, una desgracia para Inglaterra y, desde luego, una desgracia para la India... La sangre de los pueblos es el cemento con que se construye el edificio de las ciudades.» Sostenía que los trabajadores de las ciudades «tenían que desarrollar una mentalidad rural y aprender el arte de vivir según las costumbres de los aldeanos».

Pero en todo el mundo los aldeanos olvidan a Gandhi y se mudan a grandes ciudades; a menudo, por el mero hecho de que son grandes. Si en Bombay hay veinte millones de habitantes, entonces el aldeano de la lejana Bihar piensa: «Esos veinte millones de personas deben de saber algo, así que me voy con ellos». Nada atrae más que el éxito.

Un país que ilustra la estampida a las ciudades es Bután, donde el 16 por ciento de sus 700.000 habitantes vivía en ciudades en 1990. Ahora son el 36 por ciento de la población y crecen a un ritmo del 6 por ciento anual. Y ello a pesar de que, según todos los datos, en el campo son considerablemente felices. El monarca de este pequeño país del Himalaya es famoso por afirmar que «la Felicidad Nacional Bruta es más importante que el Producto Nacional Bruto».

De acuerdo con el índice de Felicidad Nacional Bruta de Bután, en 2010, el 41 por ciento de los butaneses eran «felices» al estar satisfechos con seis de los nueve criterios evaluados: bienestar psicológico, ecología, salud, educación, cultura, nivel de vida, empleo del tiempo, vitalidad de la comunidad y buen gobierno.

Pero a los jóvenes que se van a las ciudades, que cambian la indumentaria tradicional por vaqueros y prefieren un empleo de funcionario a un trabajo manual, cuesta convencerlos para que se queden en el campo.

«Es triste pero cierto que las carreteras que construimos para llevar servicios a los pueblos son las mismas por las que se marchan sus habitantes para instalarse, en algunos casos, en barrios de chabolas alrededor de las ciudades», ha admitido recientemente, en una entrevista, el primer ministro Jigme Thinley. Según el primer ministro, el gobierno debe priorizar políticas que ayuden a valorar la vida rural y detengan el flujo a las zonas urbanas, que diezma los pueblos y

provoca que el país dependa cada vez más de la importación.

«En muchos sentidos, la vida en un entorno rural es mejor y la posibilidad de alcanzar la felicidad mucho mayor que en una ciudad donde ni siquiera conoces al vecino de al lado y la violencia va en aumento —ha dicho también—. Necesitamos crear en nuestra gente un deseo consciente de seguir viviendo en áreas rurales o de regresar de las zonas urbanas. En lugar de vivir hacinados en un piso, ¡volved a la granja!»

Justo encima de Bután se extiende un país mucho mayor, mucho más urbanizado, que está experimentando un auge de la nostalgia del pueblo. Pero no necesariamente del pueblo de origen.

Más de la mitad de los chinos —712 millones— viven todavía en áreas rurales. Pero están abandonando las granjas: el año próximo habrá tantos chinos en las ciudades como en los pueblos. En 2035, el 70 por ciento del país será urbanita.

A los chinos les gusta Europa, en particular, la vieja Europa. Sobre todo, los pueblos europeos viejos. A un magnate de la minería chino le gustó tanto Hallstatt, un pintoresco pueblo austriaco fundado en el siglo II a.C., que decidió encargarse, con un coste de 940 millones de dólares, una réplica exacta del mismo cerca de la ciudad industrial de Huizhou, en el delta del río Perla. El nuevo Hallstatt contiene reproducciones de la torre del reloj del pueblo, sus casas de madera y sus calles adoquinadas... Todo está en venta. En 1997, la UNESCO declaró Hallstatt patrimonio de la humanidad. Los chinos decidieron construir la imitación. Al principio los austriacos se molestaron; se quejaron de que las copias no pagaban regalías. Pero el gusto del pueblo facsímil ha despertado el interés por el auténtico; si a la lacustre localidad austriaca original antes acudía una cincuentena escasa de turistas chinos al año, ahora la visitan miles. Y los austriacos están encantados de que los emule una superpotencia al alza. En la actualidad la empresa del magnate chino, Minmetals, está trabajando en una recreación de Escocia en el sudeste chino, cerca de Hunan. ¿Qué clase de Escocia será? No la Escocia de las deprimentes viviendas de protección oficial de Glasgow, por supuesto. Será una Escocia de hombres que lanzan haggis, beben whisky, tocan la gaita, visten falda y se parecen todos a Mel Gibson. En otras palabras, Marca Escocia.

Las diferencias entre la versión oficial y oficiosa son enormes. Si la historia de Mumbai es la de la capital financiera de Asia, entonces podemos demoler cientos de hectáreas de industria ligera sin ningún miramiento porque necesitamos espacio para oficinas. Si la historia de Mumbai es la de un conjunto de comunidades, entonces conservaremos las áreas industriales, preservaremos las antiguas poblaciones de la ciudad. El problema es que los medios de comunicación, los impresos y sobre todo los electrónicos, favorecen un tipo de narración por encima del otro. Prefieren historias que requieran presupuestos caros, tecnología llamativa e imágenes vistosas.

Algunas de las ficciones más elaboradas de la ciudad no se esconden en la obra de los novelistas, sino en los folletos de las inmobiliarias y en los planos urbanos. Constituyen una especie de ciencia ficción, una idea del futuro. Los políticos y empresarios de Mumbai tienen la vista puesta en Shangai como modelo para su ciudad. En 2003, el gobierno del estado de Maharashtra solicitó a un grupo de cuentistas profesionales —la consultoría McKinsey— que construyera una narración sobre el futuro de Mumbai. McKinsey presentó un documento —cuyas recomendaciones el gobierno adoptó oficialmente—, titulado «Mumbai, una visión», que aspiraba a convertir Mumbai en «una ciudad de talla mundial antes de 2013». Como dijo el arquitecto Charles Correa acerca del plan, eso no era una visión, era una alucinación.

¿Quién decide la imagen de una ciudad? La mayoría de la gente que viene a Bombay no espera encontrarse Shangai. Vienen a Mumbai, cuyo mito les resulta lo bastante atractivo. Son las empresas consultoras internacionales las que han decidido que Bombay debe proyectar la imagen de Shangai para tener éxito.

Felix Rohatyn, el banquero de Lazard que organizó el paquete de rescate cuando Nueva York iba a declararse en bancarrota en 1975, se quejaba de la imagen que la ciudad proyectaba de sí misma: una ciudad derrochadora, dominada por el crimen, dependiente de los subsidios, demasiado acogedora para las aglomeraciones de gente que llegaban de Puerto Rico y otros lugares desfavorecidos. «El estilo de vida de la ciudad desagradó a todo el país», dijo. Había que cambiar el relato: Nueva York tenía que convertirse en una «Meca turística para el resto del país y atraer también a los turistas europeos que observan alarmados la deriva izquierdista de sus respectivos gobiernos. Esta vez, la ciudad de Nueva York debería mirar a Europa y decir: “¡Entrégame a tus ricos!”». El relato de Nueva York cambió, y llegaron los turistas: hoy, una de cada cinco personas que está en la isla de Manhattan es un turista.

Los turistas aportan dinero, pero los migrantes aún más. Los migrantes crean en todas partes algunos de los flujos de capital de mayor volumen y liquidez. Envían unos 440.000 millones de dólares al año, lo que equivale a tres veces más que los beneficios directos de eliminar todas las barreras al comercio, cuatro veces más que toda la ayuda internacional de los gobiernos y cien veces la condonación de toda la deuda.

Estas remesas son un ejemplo no tanto de «capital sin explotar» como de «capital indocumentado», junto con la gente que las genera. No tenemos forma de precisar cuánto producen en realidad estos sectores ilegales, informales, no oficiales de la economía de la ciudad, porque estas personas no pagan impuestos, no constan en el censo y los economistas no hablan sus lenguas.

Hace unos años representantes del gigantesco club de compras Costco acudieron a la oficina de urbanismo de Nueva York con una pregunta: ¿sería viable económicamente abrir un Costco en Sunset Park, Brooklyn? Algunos ejecutivos de la cadena creían que resultaría rentable a largo

plazo, pero no estaban seguros. Los datos económicos de la zona no eran alentadores. En el distrito vivían muchos inmigrantes asiáticos y sus ingresos medios ocupaban la parte inferior de la escala. No parecía que allí pudiera ganarse mucho dinero.

Los estadísticos municipales aconsejaron a Costco que siguiera adelante con sus planes; en aquellos mediocres bloques de pisos y casas con marcos de madera había dinero, dijeron, más dinero del que saltaba a la vista. Al tratarse de una zona de inmigrantes tenía una floreciente economía sumergida; los datos oficiales de la vivienda no reflejan las unidades divididas ilegalmente ni los grandes flujos de efectivo procedentes de los países de origen. Según los urbanistas, «en esas zonas suelen declararse ingresos por debajo de los reales». La tienda abrió en noviembre de 1996 y comenzó a generar beneficios inmediatamente, el primer año. Transcurrida una década, se cuenta entre los Costco de ingresos brutos más altos de Estados Unidos a pesar de su tamaño, la mitad que la media de un Costco.

En las ciudades existe una economía secreta. Existe, en todas las ciudades, una ciudad de leyes y una ciudad que debe vivir por debajo del poderoso peso de la ley; una ciudad regulada y una ciudad sin regular. En este momento del mundo, la ciudad ilegal, la ciudad fuera de la ley, es mucho mayor que la ciudad oficial. En puras cifras, quienes evaden, violan o sorteando la ley llevan la delantera. No es que quieran desacatar deliberadamente las leyes. No pretenden presentar semejante oposición. Quieren tener una casa; una casa mucho más pequeña que la de quienes pueden permitirse cumplir las leyes. Quieren tener un negocio en la acera; un negocio mucho menor que los negocios que pagan impuestos y frente a los que montan su puesto o aparcan la carretilla, expuestos al calor y al polvo, peleando constantemente con otros que quieren lo mismo.

Un ejemplo de ello lo encontramos en el mercadillo de los aparcamientos del hipódromo Aqueduct de Queens, en Nueva York, que llevaba treinta años en funcionamiento y forma parte de la memoria colectiva de la comunidad. Hace poco los promotores de un nuevo casino gigante adjunto al hipódromo, lo que llaman un «racino», desalojaron el mercado.

El mercadillo empleaba a unas 1.600 personas; el casino, a menos de la mitad. Los vendedores ambulantes, en su mayoría inmigrantes antillanos, no pedían que no se instalara el casino. Pedían la coexistencia: que el mercadillo pudiera continuar los fines de semana a la sombra del racino. Las dos palabras poseen valencias distintas. Racino: una combinación de hipódromo [*racetrack*] y casino, un emocionante y vertiginoso neologismo. Mercadillo: enfermedad, ropa vieja, comida grasienta.

El racino no cree en la coexistencia. Para que llegue el progreso, hay que apostar a todo o nada. Hay que barrer del mapa la ciudad previa para dejar sitio a la nueva. El racino ocupa 78 hectáreas: es el mayor terreno edificable de la ciudad. Los promotores no son autóctonos; son una gran multinacional malasia. Han instalado 4.500 máquinas tragaperras. Allí donde, durante

tres décadas, la gente paseó al aire libre comprando ropa, menaje barato y perritos calientes, ahora se reúne dentro de un vestíbulo en el que no se distingue el día de la noche, sentada en mullidos taburetes ante pantallas resplandecientes con la esperanza de que los números se iluminen en la secuencia correcta y su vida cambie por arte de magia.

Un portavoz de la promotora explicó los obstáculos prácticos a los que se enfrenta el mercadillo: «Cualquier futura venta al detalle en la zona deberá contar con la aprobación y regulación del Departamento de Loterías y cumplir plenamente con todas las normativas municipales, estatales y federales relativas a condiciones laborales —entre ellas, horarios, seguridad, salario mínimo y documentación—, seguros, recaudación de impuestos sobre las ventas, licencias correspondientes y cualquier otro requisito legal».

Esta es la parte fundamental de la historia: el mercadillo es ilegal, es un indocumentado. La mayoría de las transacciones se realizan en efectivo y los vendedores no siempre pagan los impuestos sobre las ventas. Es esta ilegalidad acomodaticia la que el capital global considera una amenaza. El capital global no desobedece leyes, simplemente financia a los políticos que crean las leyes que interesan al capital.

Donde radica la verdad

Una de las formas en que los pobres sortean el rigor de la ley es mediante el subterfugio o el adorno. Me gustan los cotilleos y me gustan las mentiras. Los cotilleos, porque te ayudan a entender a la persona en su conjunto. Y las mentiras, porque constituyen una forma elevada de narración, y la narración devuelve a la gente a las ciudades. Es con lo que trafican los novelistas: cotilleos y mentiras. Tolstói, Flaubert, García Márquez... todos ellos fueron cotillas. «¿Te has enterado del escándalo de Anna K? Se ha tirado a las vías del tren, sí, porque creía que su novio iba a dejarla.»

¿Dónde radica la verdad?

Crecí en la India en la década de 1970, donde comprarse un coche no era fácil. Tenías que inscribirte en un registro y esperar durante años, y cuando por fin llegaba el día afortunado, lo considerabas una bendición. Literalmente. Recuerdo cuando mi familia de Bombay tuvo la suerte de conseguir un pequeño Fiat, lo primero que hicimos fue llevarlo al templo y cumplir con la *puyá* del coche. Le aplicamos bermellón, ondeamos lámparas a su alrededor y partimos un coco contra el capó. Y luego sacamos fotos y se las mandamos a mis abuelos de Calcuta, para demostrar que estábamos «bien establecidos» en Bombay. Era importante contar con pruebas documentales de nuestro éxito.

Todos los migrantes, que han tenido que abandonar a familia y amigos para marcharse, se

enfrentan luego a una tarea imponente: convencer a la familia y los amigos de su tierra natal de que ha merecido la pena. Los niveles de exigencia son elevados, los exámenes, severos. Tengo un amigo en Nueva York, un joven bangladesí, cuyos padres tienen un Mercedes-Benz aparcado a la entrada de su modesta casa de un barrio obrero de Queens. Todo aquel que vaya a visitarlos tiene que bordear primero el Mercedes. Lo compraron con los primeros ahorros que consiguieron en Estados Unidos: siete mil dólares.

—¿Qué clase de Mercedes puedes comprar con siete mil dólares? —le pregunté a mi amigo—. ¿Funciona?

—Sí, funciona.

—Entonces ¿dónde está el truco? ¿Qué pega tiene?

—Bueno, los limpiaparabrisas dejaron de funcionar hace tiempo y no podemos permitirnos unos nuevos.

—¿Y qué hacéis cuando llueve?

—Antes de ir a cualquier lado en coche, consultamos la previsión meteorológica.

—¿Y si se pone a llover mientras vais en el coche?

—Siempre llevamos un mapa del metro en la guantera. Si se pone a llover, aparcamos y cogemos el metro más próximo, y cuando deja de llover volvemos a por el coche.

El Mercedes prácticamente no les sirve para nada, pero cumple una función superior: comunica a los que se han quedado en Dhaka que la familia está «bien establecida». Y mandar fotos o vídeos de la familia alrededor del Mercedes no es un subterfugio, no del todo. Sí, es cierto que los padres de mi amigo se han jubilado y que su hermana ha perdido recientemente su empleo en una revista culinaria y que mi amigo tendrá que aportar la mitad de su sueldo para ayudar a sus padres a pagar la hipoteca. De modo que la imagen que simboliza el Mercedes tal vez no refleje la precaria realidad de la familia, pero para ellos es un engaño necesario.

Un profesor ruandés de francés en un colegio público de Nueva Jersey llamado Jean-Gratien me habla de los necesarios engaños practicados por los inmigrantes ruandeses en los Países Bajos, donde vivía antes. El Estado les da dinero para comprar cosas como muebles. Pero ellos compran la alfombra más barata y ahorran dinero para un billete de ida y vuelta a casa y el atrezzo de un relato. Esperan al verano y se compran un traje caro y los zapatos más impresionantes que encuentran: botas de piel de cocodrilo. Los aeropuertos de Europa, en verano, se llenan de inmigrantes africanos de regreso a casa calzados de lo más extravagante.

¿Qué distingue al pobre del rico? Es una pregunta que me planteo desde mi infancia en Bombay. ¿Quién vivía en aquellos pisos y quien servía en ellos? ¿Quién era rico y quién era pobre y cómo podías distinguirlos? Por la ropa no, en aquel entonces no y ahora aún menos, porque muchas de las prendas pasaban de los niños de los inquilinos a los criados. Quizá por la tez; los pobres eran más oscuros. Pero ¿y los morenos del sur de la India que trabajan en

empresas tecnológicas? «El calzado», me explicó un amigo escritor de Bombay que se crió en la pobreza y ahora da clases a los hijos de los ricos. La diferencia entre los ricos y los pobres en Bombay es que los pies de los pobres van cómodos. Los ricos llevan zapatos; estrechos zapatos de vestir, tacones altos. Los pobres calzan sandalias, zapatillas de goma; sus pies respiran, pero delatan su pobreza.

Por tanto, los migrantes ruandeses de viaje al hogar compran las botas más caras que pueden permitirse para demostrar a sus parientes descalzos que han triunfado. Cuando llegan a casa, alquilan un coche caro para un par de semanas. La primera semana, la gente de la familia, del pueblo, se agolpa alrededor del migrante para oír las historias de la nueva tierra. El migrante, con su ropa nueva y elegante, sus zapatos nuevos y el coche grande, les cuenta lo importante que es en Róterdam, en París, en Berlín. «Estoy vendiendo un relato —explica Jean-Gratien—. Ideo, invento...» Pero el relato no reporta nada a la familia; en realidad le cuesta dinero. Su madre no puede negarse a conceder pequeños préstamos a los vecinos mientras él está de visita porque, al fin y al cabo, su hijo es alguien importante en América. Luego los migrantes regresan a los países fríos, donde solo se suben a un coche para trabajar de repartidores.

Los relatos de los zapatos y los coches de los exiliados reclutan nuevos emigrantes. No son toda la verdad y no son del todo mentira. «¿Te enteraste de los dos chicos de Níger que se colaron de polizón en los bajos de un avión? —pregunta Jean-Gratien—. Cuando aterrizaron estaban muertos. Encontraron una carta en la que explicaban su idea de la vida en Europa.» A los dos los mató el relato, la historia del éxito en los países ricos.

Estas historias pueden dañar de mil maneras a quienes las escuchan. Un hombre que conocí en Nueva Delhi me habló de sus primos de Kentucky. Cuando era niño, cada verano los primos visitaban a la familia de Nueva Delhi y esta lo dejaba todo para atender a los parientes americanos, los sacaban por ahí, les preparaban los manjares más exquisitos, dormían en el salón para que los visitantes descansaran plácidamente en los dormitorios. Regularmente los primos americanos mandaban fotografías en las que aparecían delante de su «bungaló», que en el contexto indio significa chalet, no una casita de una planta como en Estados Unidos. Fotos abrazados a su enorme televisor nuevo o tumbados en el capó de su enorme coche también nuevo.

Cuando el hombre de Nueva Delhi creció tuvo ocasión de visitar a sus primos de Kentucky por primera vez. Imaginaba que vivirían como millonarios. Cuando por fin llegó al legendario hogar de Kentucky, empezó a insultarlos a gritos. Vio el «bungaló», el más mísero de la manzana, el coche del montón, y comprendió que vivían mucho peor que la familia de Nueva Delhi, a la que habían hecho sentir pobre en cada visita. Durante toda la infancia él se había sentido mísero por culpa de una mentira. Se desahogó a gritos con los mentirosos de Kentucky.

Asilo y relato

Pero lo cierto es que el inmigrante vive en un mundo de mentiras todo el tiempo. El inmigrante tiene que mentir para sobrevivir. El inmigrante tiene que pasearse con una colección de máscaras. Una congoleña de veintisiete años ex solicitante de asilo explicaba así lo que significa vivir sin papeles en la Nueva York del siglo XXI: «No eres tú. La mayor parte del tiempo eres otra persona». La llamaré Caroline.

Caroline tiene tres vidas: una como Cecile, un nombre que tomó prestado de otra inmigrante con papeles que había residido diez años en el país; la segunda como Caroline, víctima de tortura y violación, y por último, su nombre original, una joven de clase media de una gran ciudad africana que quiere ir a la universidad y ganarse la vida en una gran ciudad americana. En Estados Unidos, este último nombre lo mantiene en secreto.

Como tantas historias de solicitantes de asilo, la de Caroline tenía parte de verdad y parte que no era verdad. Sus padres simpatizaban con la oposición en su país y los soldados gubernamentales habían irrumpido por la fuerza en su casa. Los soldados les habían pegado a ella y a su familia; pero no la violaron. Pero diversas personas de la comunidad africana de Nueva York le contaron que para presentar un testimonio que conmoviera a los funcionarios que gestionan las solicitudes era mejor que dijera que había sido violada, porque muchas de las africanas solicitantes de asilo han sido violadas.

Conseguí estar presente en la vista del caso de Caroline. Fue un interrogatorio duro, y el funcionario le preguntó con diligencia detalles de la presunta violación. Y Caroline, consciente de que quería detalles, le contó la historia que quería oír.

Yo sabía de antemano que en Nueva York Caroline había acudido a una clínica para víctimas de tortura que organizaba sesiones de terapia de grupo. El terapeuta administraba medicación a las personas que habían sido torturadas. Le pregunté a Caroline qué había contado en las sesiones de terapia. Me dijo que había leído los síntomas en los prospectos de las medicinas y se los había repetido al terapeuta. Así que a ella le habían relatado los síntomas de alguien que podría haber sido violado y ella a su vez, cuando se los pidieron, se los relató al funcionario de extranjería.

La burocracia demanda atrocidades. No basta con que los solicitantes de asilo digan que en su país los amenazaron o les pegaron. Tienen que proporcionar relatos del horror. No basta con decir que los violaron. «¡Detalles!», exigen los funcionarios. E, inevitablemente, conforme los demandantes se vuelven más creativos acerca de sus padecimientos, se genera una inflación de la atrocidad de las historias. Así pues, el nuevo solicitante de asilo tiene que competir con la tradición establecida, con todos esos solicitantes reales o falsos con historias mucho más

dramáticas y circunstancias mucho más peligrosas que la suya.

Cuando relaté la historia de Caroline en el *New Yorker*, recibí un montón de respuestas airadas, muchas de personas que querían restringir o abolir por completo el derecho de asilo. La historia de Caroline, argüían, demuestra que la mayoría de los solicitantes de asilo son unos mentirosos.

No es cierto. Después de investigarlo, estoy convencido de que la inmensa mayoría de las personas que demandan asilo cuentan la verdad. Pero elegí la historia de Caroline para ilustrar las zonas grises de la minoría que miente. ¿Podemos admitir la posibilidad de que un ser humano pueda hacer algo que sea ilegal pero no inmoral?

Tenemos una larga historia de mentiras para entrar en este país. Los colonizadores europeos mintieron a los nativos americanos, rompieron todos los tratados que firmaron. Los irlandeses, italianos, alemanes y judíos mintieron a menudo, en Ellis Island y otros puertos, para entrar en el país; hoy, los chinos, nigerianos, mexicanos e indios a veces mienten para entrar en el país. «Las memorias y demás documentos de los inmigrantes están repletos de ejemplos de personas que mintieron —escribe el célebre historiador judío estadounidense Hasia Diner, en referencia a los inmigrantes del siglo XIX y principios del XX—. Mentían sobre su edad, mentían sobre su oficio. Corría el rumor por los barcos de inmigrantes, las terminales y los muelles, de que había que tener una habilidad en particular. La gente mentía para salir de Europa, porque podían llamarlos al servicio militar.»

Estados Unidos es una nación que se ha inventado a sí misma. Pero la otra cara de dicha invención es la iniciativa, el ingenio, el trabajo duro. El año que Caroline pasó esperando el asilo, trabajaba dieciséis horas diarias en un supermercado de Manhattan empaquetando compras y aún sacaba tiempo para estudiar inglés. Ahora trabaja de teleoperadora en el Medio Oeste, atendiendo a clientes francófonos. Está casada, va a la iglesia, no recibe ni un céntimo del gobierno. Es un activo del país.

En esencia, la historia del asilo es la historia del individuo contra un Estado tirano, que pide socorro a otro Estado, un Estado más libre. En las zonas del mundo de donde provienen los solicitantes, mentir al Estado es esencial para sobrevivir. ¿Cómo vamos a esperar que esas personas se transformen por arte de magia y comiencen a confiar en la burocracia en cuanto les dejamos entrar en el país? Están llenos de miedo, desconfianza, paranoia. Todavía no son conscientes de que la verdad puede liberarlos.

¿Por qué nos sorprende que los solicitantes de asilo o los inmigrantes ilegales mientan? Detengámonos un momento y pensemos qué esperan obtener mintiendo. ¿Quieren envenenar a nuestros hijos? ¿Atracar un banco? ¿Derrocar al gobierno? No, quieren trabajar de teleoperadores, niñeros, conserjes o enfermeros mientras estudian para convertirse en ingenieros,

informáticos o doctores. Quieren lo que querían todos nuestros antepasados, quienesquiera que fueran: una vida mejor para sus hijos.

Gobiernos de todo el mundo intentan impedir la entrada de inmigrantes como Caroline. Así que idean otro tipo de mentira, una mentira oficial: lo contrario a la propaganda, una guía de la ciudad que en realidad está pensada para espantarlos y evitar su llegada.

El gobierno de los Países Bajos intentó hace poco repeler a los potenciales inmigrantes musulmanes y africanos mediante una película, *A los Países Bajos*, en la que básicamente aparecían parejas homosexuales besándose y mujeres tomando el sol en topless. La película es de visionado obligatorio para los inmigrantes potenciales, que tienen que comprar una copia que cuesta cientos de dólares (salvo aquellos que ganen más de 54.000 dólares anuales o los ciudadanos de países ricos como Estados Unidos, eximidos de dicha obligación).

La película también muestra los guetos dominados por el crimen donde podrían terminar viviendo los inmigrantes. Se entrevista a inmigrantes que califican a los holandeses de «fríos» y «distantes». La película advierte de los atascos de tráfico, los problemas para encontrar empleo y las inundaciones en un país tan bajo. Mi amigo el escritor paquistaní Mohsin Hamid, uno de los residentes de países musulmanes que el gobierno holandés pone tanto empeño en evitar recibir, sugiere otra posible vía para los holandeses: podrían filmar una película ensalzando Bélgica. «La maravillosa Bélgica: casi como Holanda, pero mejor.»

En 2011, la ciudad de Gateneau, en Quebec, publicó una «declaración de principios» para los nuevos inmigrantes donde los avisa de que «los olores fuertes de la cocina» podrían ofender a los canadienses. También informa a los inmigrantes de que en Canadá no está bien sobornar a los funcionarios. Asimismo, es mejor ser puntual en las citas.

Esta copiaba otra guía publicada por otra ciudad quebequesa, Herouxville, que advertía a los inmigrantes de que la lapidación pública está expresamente prohibida. La única familia inmigrante de la población tomó debida nota de la advertencia y se ha abstenido de lapidar a sus mujeres en público.

Los países ricos se quejan ostensiblemente de la migración de los países pobres. Pues bien, el juego se amañó como sigue: primero nos colonizasteis y nos robasteis nuestros tesoros y nos impedisteis construir industrias propias. Luego nos trajisteis a trabajar —como «trabajadores invitados», como si supierais lo que significa en nuestras culturas la palabra «invitado»—, pero nos prohibisteis traer a nuestras mujeres e hijos. Luego, tras levantar vuestras economías con nuestras materias primas y nuestra mano de obra, después de divertirnos con nosotros, nos pedisteis que nos marcháramos y os sorprendió que no lo hiciéramos. Nos robasteis los minerales y corrompisteis nuestros gobiernos y os horrorizó cuando los más pobres de entre nosotros cruzamos vuestras fronteras, no para robar, sino para trabajar, para limpiar vuestra mierda y follarnos a vuestros hombres. No obstante, nos necesitabais; necesitabais que manejáramos

vuestros ordenadores y curásemos a vuestros enfermos y educáramos a vuestros hijos, así que tomasteis a los mejores y los más brillantes entre nosotros, aquellos que se habían formado con un gran coste para los países pobres de origen, y volvisteis a atraerlos para que trabajaran para vosotros. El juego ahora se amaña así.

Pero no se puede impedir que la gente cruce fronteras inventadas por el hombre, igual que no se puede evitar que las crucen las aves o las nubes. La gente seguirá viniendo a las ciudades porque es a donde vas para prosperar. Conocí a una joven rusa en una fiesta en el Soho; había acudido a la fiesta desde el pisito de sus padres en Brighton Beach, a una hora de metro.

«En ciudades como Nueva York siempre estás buscando algo mejor. Un piso mejor, un trabajo mejor, un amante mejor.» Y eso es lo que distingue a una gran ciudad de otra que no lo es: en una gran ciudad, nunca terminas de encontrar lo mejor. Pero sabes que existe, casi a tu alcance, así que sigues esforzándote. Si estás satisfecho con lo que te ha tocado, no tienes razones para seguir en la ciudad; solo le chuparás energía. Continúa trepando o rezágate; permanecer donde estás no es posible. Lo que la chica rusa no dijo es que cuando tratas de mejorar tienes que abandonar lo que ya tienes, el compañero, el piso o el empleo peores. Pero durante la búsqueda puedes engañar, mirar, soñar.

Al ser humano, como especie, le gusta vivir en colonias, no en cuevas. Hemos dado la espalda a Thoreau, Tolstói y Gandhi. Si tenemos opción, preferimos edificios, multitudes y calles pavimentadas a espacios abiertos, soledad y árboles. Un gángster de Bombay, oriundo de un pueblo norteño, definía así el atractivo que para él tenía la ciudad: «Todos los servicios están disponibles las veinticuatro horas del día».

Por tanto: el atractivo de la ciudad es el tiempo flexible. Comes cuando quieres. Sales a bailar cuando te apetece. Puedes trabajar después de la puesta de sol y dormir en época de cosecha. Ni el sol ni la luna ni Dios pueden decirte cuándo dormir, comer o trabajar. En algún lugar de la gran ciudad alguien tiene una tienda abierta que te venderá lo que deseas en este preciso instante.

Pero si nos mudamos a las ciudades para expandir el tiempo, también descubrimos que contraen el espacio. A lo largo y ancho del mundo estamos viviendo una gigantesca renuncia al espacio personal. Los atractivos de la casa grande, con su jardín y su piscina, pertenecen al siglo pasado. La gente está eligiendo volver del trabajo a dormir en espacios minúsculos, como los campesinos de la Edad Media preferían guarecerse tras las murallas del castillo al caer la noche. Salvo que en esta ocasión no es por temor al saqueo de los bandidos, no es porque el campo sea inseguro. Ahora vienen a las ciudades porque el campo es aburrido. La ciudad es emocionante.

La gente está renunciando a su espacio personal en el hogar, en el transporte, al hacer la compra y al divertirse. Está redescubriendo los placeres de la carne, del contacto táctil callejero, de las muchedumbres viendo los fuegos artificiales del Cuatro de Julio, de las mesas en las aceras donde tienes que esperar una hora para sentarte por el privilegio de comer mientras ves a

otras muchas personas. Un bar repleto puede cobrar más que uno donde puedes mantener una conversación y que te oigan.

Durante mucho tiempo los urbanistas consideraron la densidad algo malo, pensaban que para disfrutar de una buena vida los seres humanos tenían que trasladarse a las afueras y encontrar su Edén de cien metros cuadrados para luego ir a trabajar en coche. Pero a todas luces el mundo está dando la espalda a la vida en las afueras y estamos reconociendo que a la gente no le importa apiñarse en bloques gigantescos y caminar por las aceras hombro con hombro con montones de personas.

De hecho, las ciudades son la expresión más pura de lo que somos los seres humanos, de lo mejor y de lo peor de nosotros. Son la gran huella que dejamos en el planeta, ciudades que se ven desde el espacio exterior. A veces resulta incomprensible. Pongamos por ejemplo Puerto Príncipe, la capital de Haití. El terremoto de 2010 mató a un cuarto de millón de personas, muchas de las cuales murieron porque no deberían estar viviendo allí, en chabolas, en las inestables laderas de las colinas. El terremoto fue un desastre fácil de prever.

Pero ¿sabéis qué? En la actualidad viven más personas en Puerto Príncipe que antes del terremoto. Siguen trasladándose a la ciudad, que crece a un ritmo del 3'5 por ciento anual. Así pues, en cierto modo, no importa lo mal que se viva en una ciudad. Creo que incluso Detroit se recuperará: en estos momentos su situación empeora, pero creo que dentro de diez años vivirá más gente en Detroit. Porque las ciudades tienen algo, por espantosas que sean, que nos interpela como humanos: la necesidad de vivir en grupo, la emoción metropolitana, la sensación de que en la ciudad no morirás de hambre como podría ocurrirte en el campo. Ya sean ciudades que funcionan, como Nueva York, o ciudades disfuncionales, como Kinshasa, las cosas pasan en la ciudad.

La gente acude a la ciudad en busca de oportunidades económicas porque, incluso en el peor de los empleos, se gana más que trabajando en la agricultura. «Bombay es un pájaro de oro», me dijo un musulmán de un suburbio de Mumbai cuyo hermano había muerto por disparos de la policía durante los disturbios y que ahora vive en una chabola sin agua corriente ni inodoro. Un pajarillo dorado; intenta atraparlo. Vuela rápido, es astuto y tendrás que esforzarte mucho para cazarlo, pero en cuanto lo tengas en la mano obtendrás una fortuna fabulosa.

En Mumbai todo gira en torno a la *dhandha* o transacción. Desde el *bhelpuriwallah* acucillado en el sendero, protegiendo fieramente su pequeño negocio, a los magnates de las torres y sus sueños de comprar Hollywood, esta ciudad comprende el dinero y no siente la menor culpa por conseguirlo ni por gastarlo. Puede que la codicia no sea buena, pero es comprensible. Es una razón tan buena como cualquier otra para levantarse de la cama por las mañanas.

Pero el dinero no es el único motivo por el que la gente todavía quiere venir a Bombay y dejar atrás los plácidos árboles y los espacios abiertos del pueblo, teniendo que afrontar el crimen, la

contaminación y la pésima calidad del agua. Este es un lugar donde tu casta no importa, donde una mujer puede comer sola en un restaurante sin que la acosen y donde puedes intentar casarte con la persona de tu elección. La ciudad contiene algo inestimable para los economistas pero igualmente significativo cuando se analiza la estampida a las ciudades: la vitalidad metropolitana, reflejada en las películas y las telenovelas que proyectan su glamour hasta el último rincón y recoveco del campo.

En todas las ciudades del mundo se produce un derrocamiento masivo de tabúes. Una elección masiva. Jamás en la historia mundial tantas personas han elegido a sus amantes: amantes mayores, amantes más jóvenes; de otro sexo, del mismo sexo; más ricos, más pobres; más altos, más bajos; amantes para un día o amantes para toda una vida; amantes para todas las razas, castas y creencias. La raza humana está en pleno experimento masivo, en una polinización cruzada en masa. Y esto está ocurriendo porque la gente se traslada a las ciudades y se deleita en la diferencia. Para el habitante joven de un pueblo el atractivo de la ciudad no radica exclusivamente en el dinero. También cuenta la libertad.

ALINEACIÓN: LA TRISTEZA DE LAS CIUDADES

Basho, a propósito de Kioto, una ciudad cuyo paisaje sonoro se asocia a un tipo particular de cuco:

*Incluso en Kioto
oyendo el canto del cuco
añoro Kioto.*

He aquí cómo experimentamos la felicidad: pasa, silenciada por nuestra añoranza de la felicidad o nuestros recuerdos de ella. He aquí cómo vivo en ciudades: cuando vivo en Nueva York añoro Bombay, y a veces añoro Nueva York. A veces, cuando estoy en Mumbai, me cuento la historia de Bombay.

Cuando regresas a una ciudad que abandonaste hace tiempo, descubres que existe una ciudad que recogen los mapas y otra que no. Mumbai existe en papeles y carteles oficiales; Bombay, en los fantasmas de la memoria. Pero Bombay es lo que conocen los taxistas. Si cojo un taxi y le pido al conductor —probablemente de la lejana Bihar y con menos de cinco años de residencia en la ciudad— que me lleve a Lady Laxmibai Jaggmohandas Marg, se rascará la cabeza. Pero si le pido que me lleve a Neapean Sea Road, donde crecí y que ya no existe sobre el papel, me conducirá a una calle concreta, física, que se corresponde con el nombre fantasma. ¿Qué es más real? ¿El mapa o la ciudad? ¿Nueva York es una ciudad o un mapa a tamaño real de la ciudad de Nueva York?

Pero regresamos porque prometimos volver. Todo emigrante ha dejado detrás un amor. Todo emigrante ha abandonado a un amante o a un hijo, ha hecho falsas promesas de que volverá. En casa, los abuelos preparan comidas espléndidas, servidas en la mesa del jardín, y al anochecer encienden las lámparas esperando a hijos que nunca volverán. En casa, los niños esperan que sus madres llamen todos los domingos.

Conocí a una niñera india sin papeles de Nueva York que llevaba una década sin ver a sus hijos. Los había dejado a cargo de los suegros mientras su marido y ella se deslomaban en Nueva York para mandarles dinero, con la esperanza de legalizar algún día su situación y traérselos. Hablaba con ellos todos los domingos. Un día alguien le enseñó las fotos de una boda en su pueblo de la India: «¿Quién es esta?», preguntó, señalando a una adolescente. La persona que le

mostraba las fotos la miró con sorpresa. «Es tu hija.» La niñera rompió a llorar.

Hoy en día la mitad de los migrantes son mujeres, un fenómeno que también es nuevo. Repartido por el mundo hay un ejército desmesurado de niños que no pueden ver a sus madres por culpa de las normas que dictan los abogados. Debería existir un santuario, una isla terrestre donde los niños puedan reunirse con sus madres media hora, para un beso y un abrazo rápidos, antes de que ellas vuelvan a sus empleos de niñera y ellos al cuidado de los abuelos, al fin capaces de asociar una cara con el desfile de regalos electrónicos baratos que reciben cada Navidad junto con el dinero para la matrícula del colegio. Un santuario donde las madres puedan llorar todo lo que quieran mientras abrazan a sus hijos solo media hora.

¿Cómo se recobran los migrantes del desplazamiento? Una manera es juntando comida. Traemos especias y mangos en las maletas en el vuelo de Air India que sale de Bombay a las ocho de la noche, conocido como el «dada-dadi bus». La inmensa mayoría de los regalos que llegan a la ciudad del pueblo son comida: jamón, zatar, chiles, chirimoyas. Los aduaneros e inspectores agrícolas son nuestros enemigos. No hay una sola razón por la que el gobierno estadounidense deba confiscar, por ejemplo, un queso en la frontera, más allá de la posibilidad de que si los estadounidenses probasen el queso bueno de verdad habría una insurrección y Kraft se iría al garete.

Traemos esos alimentos olorosos del pueblo a la ciudad, los desplegamos en la mesa de la cocina en cuanto llegamos a casa desde el aeropuerto. Y mientras comemos, lloramos. Las lágrimas mojan el pan cocido por nuestra abuela, una abuela que jamás obtendrá el visado para venir a vernos. Nosotros le mandamos un giro mensual, hablamos con ella por Skype cada semana. Todo se antoja insustancial... Pero esto, esta arepa que nos ha cocinado esta mañana y que ahora sostenemos ante nosotros, delante de la nariz, casi sin atrevernos a comérsola, a relegarla al estómago, es el hogar, es amor, es verdad, nos recuerda tiempos mejores. *Tía: gracias.*

La pena más grande, dijo Dante, es recordar en la tristeza las épocas felices. La tristeza de una felicidad perdida. Todos nosotros albergamos el deseo de correr en sentido contrario al reloj, de regresar al pasado, de volver al pueblo. Os contaré una historia de un hombre que lo llevó a la práctica.

Entre los desplazados por la partición de India y Pakistán en 1947 es un anhelo común cruzar de vuelta la frontera, intentar regresar a casa. El gran escritor paquistaní Intizar Husain, a quien conocí en Londres, me contó que llevaba treinta años intentando conseguir un visado para volver a la India, en concreto, al lugar donde nació, Dibai, cerca de Aligarh, en Uttar Pradesh. Aunque vive en Londres desde 1947, la mayoría de sus ficciones transcurren en Dibai. Hacía tiempo que tenía un sueño recurrente. «Voy allí, a mi hogar, y vago entre las casas. Las calles, los palacios. Las terrazas donde hacía volar cometas», y luego me describió su hogar, construyéndolo

cariñosamente con las manos en el aire. «El barrio musulmán empezaba en nuestra casa. Las terrazas de las viviendas hindúes estaban tan cerca que, durante el Diwali, alargaba una mano y les robaba las lámparas de aceite para mi casa.»

Transcurridos treinta años, invitado a una reunión literaria en Nueva Delhi, Husain consiguió el visado para volver. Terminó en Aligarh, a un par de horas de Dibai. Allí decidió impulsivamente que visitaría Dibai, algo que el visado no le permitía. Convenció a un amigo indio para que lo llevara en coche. De camino, empezó a ver camiones por la carretera, los convoyes fantasma de la partición. Al ir acercándose a su destino no podía creerse cuánto había cambiado. Antes había un hostel para peregrinos. ¿Dónde estaba el hostel? ¿Dónde estaba el hospital? Todo se había convertido en un bazar. Buscó su casa, pero la geografía del hogar había cambiado. Su compañero le sugirió que preguntara a alguien. «Le respondí que estaba en mi ciudad. Que no pensaba preguntar a nadie cómo llegar.» Husain se apeó y deambuló por el bazar pero no consiguió localizar su lugar de nacimiento y algo en su interior le impedía pedir a un desconocido que lo guiara por el territorio de su infancia, de sus sueños. Al final, volvió al coche y regresaron a Aligarh. Nunca encontró el hogar de su infancia. No ha vuelto más.

Cuidado con el pasado: vuélvete a mirarlo y tu ser querido acabará en el infierno, como Eurídice, o te transformarás en una estatua de sal, como la mujer de Lot. El pasado es un lugar peligroso, pues es donde reside el hogar.

Cada ciudad tiene una tristeza propia. Bombay es una ciudad que entristece a los niños, como descubres en el primer trayecto del aeropuerto al hotel, cuando corren a mendigar a la ventanilla del taxi. Una gran tristeza se abatió sobre Nueva York el 11-S, una tristeza de la que la ciudad aún está recuperándose.

Cuando me iba de París después de una estancia de un año, la ciudad me pareció bañada de añoranza. Intenté explicárselo a una amiga francesa mientras paseábamos por un parque en otoño, un bello día nublado. Los brasileños reivindican una palabra parecida, *saudade*, que consideran esencial para entender su país.

Son términos amplios. Significan todo, desde «extrañar» a «anhelar», «tristeza» o «melancolía». Son el estado de ánimo de un cuadro de Hopper, a última hora de la tarde de un domingo de noviembre, cuando fuera, en la calle, reina el silencio y cobras conciencia de lo que has perdido: un padre, un amor, una fortuna, una historia. Los entornos urbanos magnifican esta emoción porque en las ciudades estamos más solos. A veces por elección; otras veces porque la soledad se nos impone.

La *saudade* puede ser placentera. Es el ánimo que evocas la primera vez que puedes volver a escuchar una canción que relacionas con un amor perdido; la misma canción que durante años no soportabas porque te recordaba dolorosamente a ese amor. Pero la primera vez que puedes volver a escucharla y rememoras con placentera tristeza la medialuz que entraba en la habitación donde

yacíais juntos y vuelves a ponerla una y otra vez... eso es *saudade*.

En las ciudades adonde viajo busco esta *saudade* como otros turistas buscan monumentos o restaurantes. «Llévame al lugar más triste de Lisboa», le pedí a una estudiante en la capital portuguesa cuando se ofreció a enseñarme la ciudad.

La tristeza de Lisboa es la tristeza de un imperio perdido. Era la ciudad desde la que partían los navegantes a conquistar el mundo. Ahora es una ciudad de medio millón de habitantes, una ciudad de segundo orden en un continente que ya no domina el mundo. Es de esta tristeza sobre la que el gran poeta portugués Fernando Pessoa escribe:

*Como quien avía ropas
el otrora avíamos
en este desasosiego que el descanso
trae a nuestras vidas cuando solo pensamos
en lo que ya fuimos
y hay solo noche afuera.[1]*

La estudiante, como era previsible, me llevó a un pequeño restaurante donde tocaban fados, esa música triste y exquisita sobre la pérdida. Pero al día siguiente visité otro lugar, hogar del empeño más quijotesco con el que me he topado en años. Un joven llamado Changuito había abierto una librería dedicada por entero a la poesía, de nombre Poesía Incompleta. Fiel a su nombre, sigue incompleta. Tiene dos salas y un jardín; las dos salas están abarrotadas de estanterías repletas de poesía, y por detrás asoman cajas llenas de poemarios por clasificar. Nada de novela, ensayo, cedés, juegos, café, vino, música en directo ni actuaciones. Vas allí si te gusta la poesía, y puedes sentarte en el jardín a leer los libros que Changuito y su novia compran en sus viajes por el mundo.

Mi prueba para valorar una librería, en Bombay, Roma o Nueva York, es la sección de poesía. Allí es donde puedes juzgar si el propietario está en el negocio por amor o por dinero. La mayoría de las cadenas relegan la poesía al fondo o a los sótanos de la tienda, como un secreto culpable. La poesía no da dinero a nadie; es un regalo. ¿Quién la lee en estos tiempos? En realidad, muchos de nosotros. Cada vez que escuchas una canción pop, escuchas la letra, la elegante condensación en lenguaje de la experiencia. Dios nos habla únicamente en verso. Cuando vamos a la iglesia, la mezquita o el templo, las escrituras que oímos o los himnos que cantamos están en verso. La poesía nos moldea mucho más allá de lo que sabemos y reconocemos.

Poesía Incompleta está llena de tristeza, pero no en un sentido trágico. Es más bien lo que el escritor turco Orhan Pamuk llama *huzun*, o melancolía, «fundamental en la cultura, la poesía y la vida cotidiana de Estambul de los últimos dos siglos... es una forma de ver la vida que nos

implica a todos, no solo un estado de ánimo, sino una actitud mental que en última instancia afirma la vida tanto como la niega».

Ahora, cuando pienso en ella, en la empresa imposible de Changuito en el centro de esa ciudad lastimera, me siento inconmensurablemente feliz.

El conflicto urbano

En los últimos años he pasado mucho tiempo en Brasil. La tristeza de las ciudades brasileñas es la *saudade* del conflicto diario: atracos, secuestros y asesinatos a manos de los narcotraficantes, de la policía y de los marginados. Hace un par de años tuve ocasión de vivirlo en primera persona en São Paulo.

Mi amiga brasileña Marina y yo pasamos a recoger a una amiga de Nueva York, que estaba de visita, por su hotel, cerca de la avenida Paulista, una de las más prestigiosas de São Paulo. Eran las siete y media de una ajetreada noche de viernes.

Nos dirigimos al taxi estacionado a las puertas del hotel. Yo me senté delante y dejé a las dos mujeres detrás para que charlaran. Marina me pidió que buscara en el Google del teléfono el menú del restaurante. En ello estaba cuando vi a un adolescente que se acercaba corriendo al taxi y gesticulaba hacia la ventanilla abierta. Pensé que sería un mendigo que pedía dinero. Luego vi la pistola, que pasó de mi cabeza al móvil.

—Dale el teléfono —me dijo Marina desde detrás.

Le di el teléfono. No se marchó.

—*Dinheiro, dinheiro!*

No quería entregarle la cartera. El chico chillaba obscenidades.

—*Dinheiro, dinheiro!*

De pronto el cuerpo del chico retrocedió de un tirón, cuando un brazo masculino lo agarró del cuello y lo levantó del suelo. El hombre, con camisa negra, chillaba; había asaltado al chico por detrás. Comenzó a golpearle. El taxista, sentado a mi lado, se mantuvo estoico. No podía traerle más sin cuidado.

Lo siguiente que vi fue al chico y a otro adolescente, probablemente su cómplice, echar a correr por la calle. El hombre de la camisa negra los persiguió un trecho, después regresó jadeando al taxi.

—¿Se ha llevado algo el cabrón? —preguntó nuestro salvador, a quien luego apodamos Batman.

No era un policía de paisano, como yo había supuesto; era solo un ciudadano corriente que estaba harto de delincuentes.

—Un teléfono —respondió Marina.

—¡Hijos de puta! Siempre atacan en pareja. Cobardes.

El taxista nos condujo a la comisaría más próxima. Allí solo había dos agentes aletargados. «Recibimos diez denuncias iguales al día, solo en esta comisaría», nos informó uno de ellos.

El otro se acercó a consultar el registro. «Hoy ya llevamos tres.» En São Paulo se cometen 319 robos a mano armada diarios.

En este país todo el mundo tiene su anécdota. A Priscilla, a quien conocí al día siguiente, la habían atracado diez veces. Una vez un crío le puso un cristal de una botella rota en la garganta. Otra vez estaba en una casa que asaltaron unos pistoleros y uno de ellos le apuntó en la cabeza con una pistola durante cuarenta minutos.

Yo había salido bien parado: solo me había robado el móvil. Todavía conservaba la cartera, gracias a Batman, y no me habían pegado, matado ni secuestrado.

Las ciudades de Brasil son de los sitios más violentos del mundo actual. En Brasil mueren asesinadas más personas que en ningún otro país. Según la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, en 2010 en Brasil se cometieron 40.974 homicidios, 21 por cada 100.000 habitantes, frente a una tasa global de 6'9. La cifra más alta se registró en la India, con 41.726 muertes. Pero la India tiene una población seis veces mayor que Brasil, por tanto su tasa de homicidios es solo de 3'4 por cada 100.000 habitantes. Cuatro ciudades brasileñas tienen una tasa superior a 100 homicidios por cada 100.000 residentes. En Brasil solo se resuelven entre el cinco y el ocho por ciento de los homicidios, en comparación con el 65 por ciento en Estados Unidos y el 90 por ciento en Reino Unido. La mayoría de las víctimas son hombres pobres, de entre quince y treinta años. La tasa de homicidios ha recortado siete años la esperanza de vida en las favelas de Río.

En otra ocasión, viajaba en autocar con mi hijo Gautama por la zona rural de Bahía. De repente, el autocar paró; teníamos que bajarnos todos. Miré por la ventanilla; varios hombres golpeaban con machetes los costados del vehículo. Se había congregado una muchedumbre, encolerizada por un accidente de tráfico mortal del día anterior, con intención de quemar el autobús para protestar porque, si no, no confiaban en obtener ninguna compensación por la víctima. Todos nos apeamos, nosotros y el resto de pasajeros, en su mayor parte mujeres pobres de las favelas. Y enfilaron con sus niños flacuchos y sus tristes pertenencias por las carreteras rurales en pos de otro autobús.

Gautama había pasado un año sabático, antes de matricularse en la universidad, en la ciudad norteña de Salvador. Por la noche, los adictos al crack merodeaban por las calles del centro abandonado en busca de latas de cerveza que vender para reciclar. Lo atracaron dos veces en la misma noche: la primera vez por siete reales (tres dólares), la segunda por dos, aunque el segundo atracador insistió en que no le estaba robando, se limitaba a cobrarle la tarifa de guía por

sacarlo sano y salvo del vecindario.

Hay quien culpa a la urbanización de la delincuencia. Brasil en la década de 1950 era un 85 por ciento rural y un 15 por ciento urbano. Hoy las cifras se han intercambiado: el 87 por ciento del país es urbano. Se trata de la urbanización más rápida de cualquier país en los últimos tiempos.

Pero el problema no son las ciudades; el problema tiene que ver con la raza. A los brasileños les gusta pensar que son una sociedad multirracial, pero un paseo por las favelas de las ciudades destruye semejante mito. La mayoría de sus habitantes son de tez oscura, mucho más oscura que la de la mayor parte de los ricos que viven junto al agua o en las afueras, y más oscura que la de la mayor parte de los jóvenes que recientemente se manifestaban por las calles en contra de la subida del billete de autobús y los gastos en el Mundial de fútbol.

La mitad del país es negro, pero los negros son el 70 por ciento de los brasileños más pobres. Según estudios basados en el censo de 2000, un brasileño blanco de dieciocho años ha recibido, de media, 2'3 años más de educación que un brasileño negro de la misma edad. El padre del chico blanco también había estudiado 2'3 años más que el padre del chico negro. Hace sesenta años, el abuelo del blanco estudió 2'4 años más. En el país, prácticamente todo lo demás ha cambiado, pero la disparidad educativa entre blancos y negros se ha mantenido tercamente constante a lo largo de tres generaciones.

En Río, la policía se ha embarcado en un vasto programa de pacificación de los suburbios, o favelas, controlados por las bandas de narcotraficantes o por las milicias parapoliciales. Una noche en Río un fotógrafo de calle me llevó a un *baile funk*, una fiesta callejera organizada por los traficantes, en la favela sin pacificar de Arará. Fue una escena extraordinaria: a medianoche, los traficantes habían acordonado varias manzanas y convertido la favela en un gigantesco club al aire libre. Al fondo de una calle se alzaba un gran muro compuesto por docenas de altavoces, atronando historias y canciones sobre matar polis y sexo con menores. Los adolescentes se paseaban armados con AK-47; las preadolescentes esnifaban drogas y bailaban. En algunas esquinas se vendía cocaína en grandes bolsas de plástico. Todo el mundo bailaba: las abuelas bailaban, los niños bailaban, yo bailaba. Duró hasta las ocho de la mañana.

Aunque estas fiestas se han prohibido en las favelas pacificadas por las múltiples infracciones que se cometen, desde la vulneración de las limitaciones del ruido hasta las exhortaciones al asesinato —incluso la música que suena en ellas se llama *baile funk proibidão*—, ni el Estado ni sus fuerzas se dejaron ver. Las bandas rivales constituían una amenaza mayor que la policía. Las tres bandas que controlan gran parte de Río se han mantenido más o menos estables en el último par de décadas: Comando Vermelho, Terceiro Comando Puro y Amigos dos Amigos. Según un alto cargo de la policía con el que hablé, en una ciudad de poco más de seis millones de habitantes, entre treinta y cuarenta mil personas pertenecen a una banda criminal.

Al día siguiente del *baile funk*, sobrevolé Río en un helicóptero de la policía. Vimos Ipanema, una playa para adinerados, y la favela recién pacificada de Rocinha. Pedí volar por encima de Arará. El piloto señaló a lo lejos y me respondió que no podía pasar por encima. Le preocupaba que nos disparasen. Un par de años antes, los *traficantes* habían derribado un helicóptero de la policía con fuego antiaéreo. Es decir, que la policía no puede entrar con tranquilidad en una gran parte de la ciudad, ni por tierra ni por aire. También este es el futuro de muchas megaurbes del mundo en vías de desarrollo, de Nairobi a Caracas. En la práctica, las bandas, las milicias y los órganos legítimos del Estado se reparten el poder. Muchos morirán mientras se negocian los límites exactos de este poder compartido.

Mi amigo brasileño Luiz Eduardo Soares me cuenta otra historia sobre el poder en las favelas. Luiz es un antropólogo que fue elegido para dirigir las fuerzas de seguridad del Estado en Río de Janeiro. También ha escrito *Tropa de elite*, la película más taquillera de la historia del cine brasileño.

Pues bien, una noche Luiz recibe una llamada de un tal Lulu. Lulu es uno de los traficantes importantes de Río, un señor de la droga. Está viejo para el negocio: tiene treinta y pico años. Quiere renunciar, quiere vivir para ver crecer a sus hijos. Quiere dejar las bandas; quiere empezar de cero.

Luiz le advierte que si acude a él tendrá que arrestarlo. Y luego lo encerrarán en una prisión como Carandiru, donde en 1992, tras un disturbio, la policía abrió las verjas y acribilló a balazos a los internos, matando a ciento once prisioneros. Pero Luiz le desea lo mejor a Lulu. No pinta bien. A Lulu lo buscan la policía y las bandas rivales.

Poco tiempo después, Luiz se encuentra al norte del país, en un templo tradicional donde adoran a los antiguos dioses, los de antes de que llegaran los portugueses. Luiz está rezando cuando alguien le toca en el hombro. Se gira y ve a Lulu sonriéndole.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Luiz.

—He venido a ver a mi madre. Me he largado.

Al poco, la policía de Río localiza a Lulu.

Fue una estupidez por su parte; el primer lugar al que escapa un fugitivo es a casa de su madre. Llegan hombres en un jeep y se lo llevan, sin arrestarlo. Lo devuelven a Río, a su favela, a la comisaría de policía.

El jefe de la policía local habla con él: «Queremos que vuelvas, Lulu. Desde que te marchaste es un infierno. Tú mantenías la paz entre las bandas. Y además, necesito tu dinero para mis campañas políticas. Tienes que volver al trabajo, si no...».

De modo que Lulu vuelve al trabajo, a vender coca y meta en los clubes nocturnos de Copacabana e Ipanema a los niños ricos. Pero ha intentado dejarlo, los chicos de la esquina ya no confían en él, no lo respetan como antes. No gana los 300.000 reales que los polis necesitan a la

semana.

Así que un día vuelven a por Lulu. Los polis lo sientan en un banco de piedra en un claro del suburbio y, ante los ojos de toda la favela, le descerrajan varios tiros en la cabeza. Lulu solo era útil a sus subordinados, a la policía y a la economía de las favelas cuando tenía poder. Sin poder, estaba muerto.

Complejidad moral

¿Cómo entender el conflicto, tan endémico en tantas de nuestras ciudades? Entendiendo la complejidad moral, como hace un novelista o un poeta.

En muchas de mis obras he tratado de personas que le hacen cosas malas al prójimo, en Bombay, en el Punyab, en Queens y en Danbury, Connecticut, sede central de Union Carbide. He conocido a sicarios, polis deshonestos, alborotadores religiosos y jefes mafiosos. Y me he dado cuenta de que un hombre que ha matado no se define solo por eso. Después de matar a otro ser humano, una gran parte de él, quizá la mayor, es un asesino, algo que lo marca para el resto de la humanidad que no lo es; pero no es solo eso. También puede ser padre, amigo, patriota, amante. Cuando intentamos comprender el asesinato, confundimos la parte por el todo; tratamos solo con el asesino e inevitablemente nos desconcierta cómo se ha convertido en alguien así, tan distinto de nosotros.

La complejidad moral de los personajes tradicionalmente ha sido competencia de la ficción, desde el *Mahabharata* a Dostoievski o DeLillo. Con menor éxito se ha abordado también en el periodismo, donde los crudos hechos del asesinato y la violación son demasiado potentes y capaces de aplastar todos los matices. Pero escritores como Gay Talese, en *Honrarás a tu padre* y *La mujer de tu prójimo*, y Joan Didion en *Slouching Towards Bethlehem*, demuestran que también pueden abordarse personajes antipáticos desde una no ficción imparcial y atractiva.

La gente con más necesidad de contar historias no son las víctimas de atrocidades, sino quienes las perpetran. El jefe del ejército de Sudán del Sur, acusado de numerosas atrocidades, participó no hace mucho en un programa de escritura creativa en el sur de California. «Todos esos tíos obtenían el visado para entrar en Estados Unidos, pero nadie los aceptaba en ningún programa educativo, solo en este», me explicó un periodista angoleño. Ahora, cada vez que alguien acude al despacho del general para hablar de la guerra y la paz, él primero les muestra su obra, de la que se siente muy orgulloso.

No se pueden entender las ciudades grandes y complejas sin entender la complejidad moral. En una ocasión, un encargo de la revista *Harper's* me llevó a la ciudad sagrada de Benarés, en la India, para estudiar un brutal estallido de disturbios entre hindúes y musulmanes. La principal

industria de Benarés son sus exquisitos saris de seda; los musulmanes los tejen y los hindúes los venden; ambas comunidades han convivido durante siglos. Pero a principios de la década de 1990, el acuerdo se rompió y la ciudad entró en erupción; docenas de musulmanes murieron a manos de hindúes afiliados al BJP (Partido Popular Indio).

De modo que solicité una entrevista con el líder hindú del BJP, un hombre que había alentado los disturbios, y este me citó una mañana en su casa. Al llegar, pasé por delante de dos ancianos musulmanes que charlaban en su galería. Entré y hablé con el comerciante hindú, que escupió todo su odio contra los musulmanes y no me dijo nada que no hubiera oído antes en la India: que los musulmanes son forasteros, que deberían haberse marchado a Pakistán tras la partición, etcétera. Mientras me disponía a concluir esta no demasiado valiosa entrevista, le pregunté qué estaban haciendo los dos ancianos musulmanes en su galería. «Ah, han venido a que les solucione una disputa sobre una propiedad», contestó. «¿Por qué usted? Creía que los odiaba», dije yo.

«Sí, pero los odio a todos por igual», me respondió. Si los musulmanes acudían a alguien de su comunidad para que zanjara la disputa, probablemente dicha persona estaría emparentada con alguno de ellos o querría favorecerlo. Pero como sabían que el comerciante hindú los odiaba a ambos por igual, porque eran musulmanes, consideraban que podría emitir un juicio justo en la cuestión de la disputa por la propiedad. No me extraña que la India vuelva locos a los periodistas extranjeros. En la India la gente sabe compartimentar la mente; en este sentido, la hipocresía no se considera un vicio. En la filosofía india no se contempla la ley del tercero excluido; una cosa puede ser cierta, falsa, las dos cosas o ninguna de ellas. El sistema de lógica jainista se llama *syadvada*, «la ciencia del tal vez».

Los urbanistas harían bien en prestar más atención a la complejidad moral si quieren entender asuntos complejos desde el punto de vista moral como la corrupción. La corrupción, que los urbanistas no estudian en las academias y no entienden cuando se la encuentran en la práctica, frustra continuamente nuestros mejores planes urbanísticos.

La corrupción está tan presente en los noticiarios de Estados Unidos como en los de la India. En Estados Unidos, la decisión del Tribunal Supremo en el caso Ciudadanos Unidos cimentó la reputación del país como la nación legalmente más corrupta del planeta, al permitir un coladero ilimitado de dinero empresarial anónimo en las campañas políticas. En la India, el contragolpe al corrupto Congreso convirtió en primer ministro a Modi. Oh, no, se lamentaron los editoriales, ahora la India no va a dominar el siglo XXI porque todos somos corruptos. Nuestros políticos son corruptos. Nuestra policía es corrupta. Nuestros artistas son corruptos, nuestros arquitectos son corruptos. Nuestros escritores querrían ser corruptos, si encontraran a alguien dispuesto a sobornarlos.

Permítanme unas palabras en defensa de la corrupción.

La India ha visto, en los últimos setenta y siete años, el mayor cambio de poder político de la historia: la devolución real e irrevocable del poder político de las castas y clases superiores a las inferiores, la mayoría de los mil millones de personas que viven en el país.

Como todos los cambios de poder, este provoca una tremenda confusión. A menudo los nuevos líderes son desmesuradamente corruptos, a diferencia de los antiguos, educados en Oxbridge, cuya nobleza y riqueza feudal les impedía saquear al por mayor las arcas públicas. Y no son solo los políticos; mediante el sistema de cuotas, «los de atrás» también están sacando tajada de instituciones gubernamentales como IAS (la administración pública india).

El gran escritor canarés U. R. Ananthamurthy me habló una vez de un intocable, funcionario de la administración india, que le explicó por qué no tenía más remedio que ser corrupto. Había sido el primero en la historia de su comunidad en matricularse y vivir en Nueva Delhi, legendaria sede del poder. Cuando regresa a su pueblo, se espera que vuelva con los bienes y prebendas del puesto, no solo para su familia, sino para toda la empobrecida comunidad. «Soy un terrón de azúcar en un hormiguero», le explicó a Ananthamurthy. Si no repartiera nada, se enfrentaría al boicot social; su hija no podría casarse.

Para comprender cómo puede corromperse un ser humano hijo del amor materno hay que leer novelas, hay que leer a Dostoievski, hay que leer a Balzac. Solo así se entenderá a una persona como Raj Rajaratnam, el más rico de un grupo de gestores de fondos de inversión del Asia meridional radicado en Nueva York y condenado por uso de información privilegiada. En el verano de 2011 traté durante varias semanas al millonario nacido en Sri Lanka en su ático de lujo, después de la condena pero antes de que se le impusiera una pena. Hablé con él porque me interesan las contradicciones que acarrear los inmigrantes mientras crean un hogar en el nuevo mundo.

Cuando el FBI lo arrestó y sus abogados empezaron a hablar con los fiscales, Rajaratnam entendió que si se declaraba culpable y llevaba un micro mientras conversaba con su amigo Rajat Gupta cabía la posibilidad de que le ofrecieran una sentencia de tan solo cinco años. Con buen comportamiento, podría salir a los cuatro años. Las pruebas grabadas en su contra eran prácticamente incontrovertibles.

De la cincuentena de personas pilladas en el escándalo de tráfico de información, «casi todos los acusados se han declarado culpables —me informó el propio Rajaratnam—. Nadie ha presentado batalla. Todos han reconocido los cargos». Pues bien, Rajaratnam era un hombre que vivía para la información; la posición ventajosa de su negocio dependía de conseguir información antes que los demás. Y aquella era la mayor apuesta de su vida: defenderse de las acusaciones o no hacerlo.

Decidió declararse inocente. Gastó 48 millones de dólares y 700 rupias en su defensa. Perdió.

Fue declarado culpable de los catorce cargos de uso de información privilegiada y ahora cumple condena de once años de cárcel, tal vez lo que le queda de vida.

De modo que mi principal pregunta no era por qué le había podido la codicia. Mi principal pregunta era: ¿por qué, cuando las pruebas grabadas en su contra eran tan incontrovertibles, este hombre inteligente, educado en la Saint Thomas Preparatory School en Colombo, Dulwich y Sussex en el Reino Unido y Wharton en Estados Unidos, no había aceptado el acuerdo de la acusación?

Incluso después de condenado, Rajaratnam me aseguró que creía en la justicia estadounidense. «En Sri Lanka le habría entregado 50.000 rupias al juez y lo tendría almorzando en mi casa. Aquí, tenía una oportunidad. El sistema judicial estadounidense en general es justo.»

Por tanto, en este sistema justo, ¿no se habría dado cuenta el evaluador de riesgos y beneficios de que lo más inteligente era aceptar el trato y confiar en una reducción de sentencia en lugar de arriesgarse a morir en prisión? (Rajaratnam sufre diabetes avanzada de tipo 2; le están fallando los riñones.) Parece una decisión irracional.

Para la que hay una explicación irracional. Una diplomática cercana a Rajaratnam me contó que lo había conocido al poco de ser condenado. «Había consultado a los lectores de hojas de palma. Le dijeron que lo absolverían.» Los lectores de hojas de palma son los astrólogos esrilanqueses. Creen que hace tres mil años siete sabios indios decidieron escribir los horóscopos de todas las personas todavía por nacer en una serie de hojas de palmera. Un lector avezado sabe leer en las hojas la historia completa de la vida de un individuo, incluido su futuro.

De modo que le pregunté a Rajaratnam por las hojas de palma.

«Un amigo consultó por mí», respondió, sorprendido de que estuviera al corriente. El amigo llevó la fecha y hora de nacimiento de Rajaratnam (y su mujer) a un lector de hojas de Sri Lanka, que se sentó ante un fajo de hojas y planteó una serie de preguntas a las que el amigo contestó sí o no, como en una declaración.

—¿Tu amigo se llama Vijay?

—No.

—¿Se llama Karun?

—No.

—¿Se llama Raj?

—Sí.

Entonces el astrólogo cogió la hoja de palma correcta y leyó la suerte de Rajaratnam. Lo cantó durante cuarenta y cinco minutos a una cinta. La grabación aseguraba que el Estado había presentado un caso contra Raj, que este trabajaba en la Bolsa y que era mundialmente famoso. Que había tenido que cerrar el negocio.

«Así que normalmente no creo en adivinos ni astrólogos —dice Rajaratnam—. Pero las hojas

de palma se escribieron hace miles de años. Entonces no existía el negocio bursátil. Me pareció interesante.» El lector de hojas también adivinó que su mujer había nacido «en un país del sudeste asiático». Asha, de hecho, nació en Filipinas.

Rajaratnam recibió otras dos influencias poco ortodoxas. «Hace dos o tres años, antes de todo este lío, mi hermana Vandani estaba en Singapur... a ella siempre le han ido estas cosas. Un día me llamó y me dijo: “Raj, he conocido a una persona que dice que te traicionará una india con un lunar en la cara”.» No hizo demasiado caso de la profecía. «Luego me acusaron y vi una foto de Roomy Khan [la mujer que lo delató] con un lunar enorme en la cara. La foto tenía varios años. Se había operado el lunar.»

Y al final de la cinta del lector de hojas de palma, la conclusión del astrólogo lo animó. «Decía que terminaría ganando.» Alimentó su convicción de que debía pelear hasta el final y apelar. Eso explica la desconcertante insistencia en su inocencia pese a las innumerables pruebas grabadas de lo contrario. Era la ventaja de Rajaratnam, la información privilegiada que nadie más conocía.

El dilema de Rajaratnam era casi literario, podría haber salido de una novela. En algún lugar de su cerebro educado en Wharton latía una fe inmigrante pensil en otro mundo ajeno a las leyes de la ciencia. Tanto la ficción como la no ficción, al nivel más esencial, tratan de lo mismo: la lucha del ser humano bajo el peso de la historia, personal y política. En la mitología hindú, Shiva danza sobre un pie rodeado por un círculo de fuego, y bajo el pie hay un enano, que lucha por escapar de debajo del pesado pie de la historia. Controla y no controla la historia, y es esta lucha la que nosotros, en cuanto escritores, presenciamos y documentamos. Por tanto, lo esencial para un escritor es comprender las dos cosas: las cuestiones globales como la política comercial y el choque de civilizaciones, que afectan al individuo que está sentado en una habitación de un suburbio de Bombay, y los asuntos personales tales como su vida amorosa o su canción preferida.

Siempre es motivo de júbilo cuando el ser humano escapa de la historia prevista para él. Una mañana de 1999, un grupo de amigos míos se sumó a una gran manifestación contra la brutalidad policial en Nueva York tras la muerte a tiros de Amadou Diallo. Hacía una mañana preciosa y se había congregado una inmensa muchedumbre frente a Police Plaza. Orador tras orador de organizaciones diversas, de maoístas a defensores de los derechos de los inmigrantes y grupos pacifistas, subieron al escenario a denunciar las tácticas de la policía neoyorquina. Después subió un joven llamado Salim, estaba nervioso; el presentador dio la bienvenida al representante de la coalición de chóferes de coches de alquiler, un grupo de taxistas. Era paquistaní y nunca había hablado ante tanta gente. Salim subió al escenario, lo recibieron entre aplausos. Miró a la muchedumbre que lo aplaudía, que esperaba que hablara de cómo la policía viola los derechos de los taxistas, y Salim sintió una fuerza que nunca había conocido. Así que empezó a hablar. «Soy... ¡Soy gay!»

Se produjo una pausa desconcertada y luego una salva de aplausos aún mayor, entre ellos los de los policías apostados frente a Police Plaza. «¡Soy gay, soy gay, soy gay!», repetía Salim. Acababa de salir del armario, como jamás podría haberlo hecho en Pakistán, y acababa de encarar lo más humano de su ser. Salim acababa de liberarse del peso de su historia personal, se había quitado de encima la carga del mensaje, la historia oficial que esperaban que expusiera. Y pudo proclamarlo porque estaba en una ciudad y la ciudad te promete, sobre todo, la libertad de amar. La libertad de amar y el riesgo de estar solo.

He aquí mi poema favorito sobre el riesgo de estar solo en una ciudad:

DÍA DE OTOÑO

*Señor, es tiempo. Enorme fue el verano.
Pon ya sobre el reloj de sol tu sombra
y deja suelto el viento en las llanuras.
Manda a los frutos últimos henchirse,
dales dos días de sol caliente,
a plenitud empújales, y mete
el último dulzor en vino recio.
Es que hoy sin casa está, ya no la funda.
El que está solo, mucho habrá de estarlo;
velará, leerá, escribirá cartas,
y por las alamedas irá, inquieto,
mientras las hojas van a la deriva.[2]*

Amor y ciudades

«He querido mucho a estas ciudades», canta Walt Whitman. Los escritores están obsesionados con estas ciudades complejas porque están obsesionados con los seres complejos que las habitan. «¿Qué es la ciudad sino la gente?», pregunta Shakespeare. Dickens, Baudelaire, Mahfouz amaban esas ciudades. Pero quienes mejor escriben hoy sobre ciudades son los foráneos. La historia de Nueva York la están contando no la gente que nació en ella, sino Kiran Desai, Junot Díaz, Jhumpa Lahiri, Gary Shteyngart. Todos migrantes.

A menos que, como Calvino, el urbanista más humano, escribas sobre ciudades invisibles. La prosa de *Las ciudades invisibles* es tan genérica, espaciosa e inescrutable —podría significar cualquier cosa para cualquiera— que te permite idear tu propia ciudad, como el emperador Kublai Kan en el libro. Aparte de Marco Polo y Kublai Kan, en el libro no aparecen individuos, en ninguna de las ciudades. Son solo recopilaciones de gente. La única excepción es el cabrero eternamente perdido en la ciudad continua de Cecilia.

Una ciudad real que podría haber salido del libro de Calvino es la ciudad abandonada de Fatehpur Sikri, cerca de Agra, adonde el emperador mogol Akbar trasladó la corte durante catorce años, para luego abandonarla por razones que todavía se desconocen. ¿Fue porque el río se secó? ¿Fue por una mujer? ¿Por qué los fantasmas abandonaron Fatehpur Sikri? Quizá porque eran fantasmas.

Todo ello me lo explicó mi amigo Salman Rushdie mientras me enseñaba el emplazamiento donde llevaba a cabo las investigaciones para su novela *La encantadora de Florencia*. Esta ciudad semiderruida era perfecta para su imaginación; con su ficción, podía reconstruir las paredes, decorarlas con incrustaciones exquisitas y grabados fabulosos. «Los huecos en el registro histórico —apuntó Rushdie—, ahí es donde puede introducirse el escritor de ficción.»

El Marco Polo de Calvino lleva varios días con sus noches hablando con Kublai Kan de ciudades invisibles.

Había roto el alba cuando dijo:

—Sire, ya os he contado de cuantas ciudades conozco.

—Resta todavía una que no has mencionado.

Marco Polo agachó la cabeza.

—Venecia —dijo el Kan.

Marco sonrió.

—¿De qué sino creéis que os he estado hablando?

Marco habla de la ciudad que más quiere, y su relato se contagia de la tristeza por el amor perdido. Hay que llorar cada amor perdido, por necesario que fuera perderlo. Cada amor se sacrifica por el que vendrá a continuación. Me voy con la promesa de volver, aunque para entonces ella será otra mujer.

«Las imágenes de la memoria, una vez fijadas en palabras, se borran —dijo Polo—. Quizá tema perder Venecia para siempre si hablo de ella. O quizá, al hablar de otras ciudades, ya la he perdido poco a poco.»

Esta ciudad tiene muchas capas, muchos mundos, que cambian a una velocidad vertiginosa. Caminamos sobre capas del pasado sin ni siquiera darnos cuenta. ¿Qué efecto produce en la mente humana que nos cambien de la noche a la mañana todos los puntos de referencia de la infancia? ¿Cuánto podemos vivir con semejante cambio constante del entorno antes de nos puedan los nervios, la inquietud, la irritabilidad? Llevaba mucho tiempo acostumbrado a ver el mar desde este ángulo entre estos edificios. En seis meses me lo han tapado y ahora lo único que veo es la carretera, con un ir y venir de coches con los que no me crié. Giro la cabeza y hay otro edificio repleto de diez mil personas encerrándome, hostigándome. El lago donde cogí de la mano a aquella niña en el pícnic del colegio sigue allí, pero no reconozco las casetas de alrededor y

¿dónde está la hierba? ¿Qué ha pasado con todos los árboles que creo recordar? El cambio constante destruye la fe en tu capacidad de recordar el pasado. Empiezas a dudar de tus recuerdos.

Cada uno de nosotros posee un mapa sentimental individual de las ciudades que habitamos. Yo tengo una vida secreta en las ciudades, estratificada, como las civilizaciones, en capas de memoria. Cada Nueva York se corresponde con una mujer a la que he amado. Greenwich Village fue la Nueva York de N., una reina dominicana de la belleza a la fuga de los guardaespaldas de su poderoso exmarido. Park Slope fue K., la fotógrafa a la que llevé en brazos una noche para cruzar un charco de Prospect Park y contemplar la luna llena. El East Village es donde hice dos niños con mi mujer. Cuando rompo con estas mujeres evito esas zonas de la ciudad. Cambio de ruta para ir al trabajo. Podría encontrármela a ella, una mujer en otro tiempo tan próxima, a la que abrazaba y llamaba, con la que hablaba varias veces al día; y ahora, la más distante de los desconocidos que caminan por la calle. Se ha ido llevándose lo mejor de mí. Y me he convertido en una ciudad fantasma: soy Fatehpur Sikri tras la partida del emperador Akbar y toda su corte.

Cuando me mudé a Nueva York mi lazo más querido con Bombay era una chica de la que estaba enamorado, aunque ella no lo supiera, puesto que apenas le había dirigido la palabra en un par de ocasiones. Por la noche, cuando el resto de la casa dormía —mis padres y mis hermanas menores—, ponía canciones indias en el nuevo equipo de música que mi padre había instalado en el salón. Me tumbaba en un colchón y, muy flojito, pinchaba a Lata Mangeshkar, cuya voz me adormecía, me propulsaba de vuelta al país perdido, a la chica tan lejana. La música es la aerolínea más barata.

COMUNIDAD: ¿QUÉ ES LA CIUDAD SINO LA GENTE?

TRES PRINCIPIOS PARA UNA CIUDAD NO EXCLUYENTE

Vengo pasando muchos ratos en Coney Island, Nueva York, porque es la capital de la diversión, el parque de juegos de la gente. Si te sientas en el paseo de Coney Island y observas el carnaval cotidiano de todas las razas de la tierra paseando juntas sin saber casi nada unas de otras —las *hipsters* de cuero, las bangladesíes con *hijab*, las rusas en bikini—, comprendes el gran secreto de por qué funciona Coney Island. No es que incluya a todo el mundo, sino que no excluye a nadie. No es que vayan a invitarte a todas las fiestas de la playa. Es que en algún lugar de la playa hay una fiesta a la que puedes asistir.

Nueva York, como Río, como Mumbai, está en auge. Parece que las cosas van bien para estas ciudades. Pero ¿para quién van bien las cosas exactamente? Para construir una gran ciudad, una ciudad justa, tenemos que considerar a quién incluye y a quién excluye. Después deberíamos seguir tres principios: no excluir a nadie de la ley. No excluir a nadie de la celebración. Y no excluir a nadie de la conversación.

Cerca de donde vivo en Nueva York, en el Soho, hay una tienda donde puedes comprar una cama sueca fabricada con crin de caballo por 135.000 dólares, transporte aparte. La cama se llama «Vividus» y tiene dos placas metálicas en el colchón, a elegir entre níquel o latón, grabadas con tu nombre y el de tu compañero de lecho: así, si vuelves borracho dando tumbos, puedes consultar en qué lado de la cama te toca dormir, como en un tarjetón para sentarse a cenar, y con quién se supone que duermes.

A quince minutos a pie de esta tienda, puedo llevaros a un bloque de viviendas de Chinatown donde alquilas no un piso, no una habitación del piso, no una cama de la habitación del piso, sino un turno de ocho horas del colchón de la habitación del piso por 200 dólares mensuales. Se llama «cama caliente», porque el colchón nunca se enfría; cuando te despiertas siempre hay alguien esperando con ganas de llegar a casa. ¿Qué implica para una ciudad que sus gentes duerman en camas tan distintas? Implica que Bill de Blasio, con su poderoso mensaje de dos ciudades, salga elegido alcalde.

El coste de excluir a amplios sectores de una ciudad puede suponer convulsiones políticas como la elección de De Blasio o manifestaciones a gran escala como las convocadas contra la

policía en Saint Louis o el gobierno nacional en São Paulo o, simplemente, delincuencia callejera. Una forma de entender la delincuencia es pensarla como otro tipo de revolución, una que mata de uno en uno.

En la actualidad, la principal forma de exclusión afecta a la vivienda: ¿quién consigue vivir en una ciudad? El gran éxito de Nueva York también plantea la siguiente pregunta: ¿qué ha pasado con la buena gente que resistió en los malos tiempos? ¿Qué ha pasado con la gente de Fort Green, Astoria o Bedford-Stuyvesant que mantuvieron la fe en la ciudad durante décadas de crack, bancarrota y huelgas de los basureros?

Cuando vivía en el East Village en los años noventa, la zona todavía conservaba varias comunidades okupas que convivían pacíficamente en edificios abandonados durante la epidemia del crack de los ochenta. Un día el Departamento de Policía mandó a una sección de antidisturbios, algunos en tanque, y expulsó a los hippies. El aparcamiento anexo a mi casa se convirtió entonces en un edificio de viviendas de lujo, alquiladas a enérgicos jóvenes blancos. Por la mañana veías a varias mujeres salir en traje y zapatillas deportivas; luego, en cuanto llegaban a la oficina en el centro de la ciudad, cambiaban las deportivas por zapatos de tacón. En el vestíbulo del edificio cuelgan gigantescas fotografías documentales en blanco y negro del Lower East Side más degradado, de los okupas y marginados desplazados por el nuevo edificio.

Por toda la parte baja de Manhattan se están derribando edificios viejos —a menudo de alquileres de renta limitada, lofts de artistas o fábricas textiles— y se levantan pisos: en el West Village, en el Bowery, en el SoHo. En sus fachadas, en letras llamativas, te restriegan por las narices la desigualdad de la ciudad... y tu pobreza: 12 VIVIENDAS INDIVIDUALES A PARTIR DE 3 MILLONES. Donde antes trabajaban miles de personas, ahora vivirán una docena. Y ni siquiera vivirán a tiempo completo; muchos de los propietarios tienen múltiples residencias repartidas por el mundo, así que serán muy pocas las luces del edificio que estén encendidas a la vez.

El texto de los anuncios de esos edificios constituye una lectura fascinante, es como una carta de amor que te dirigirían si tuvieras dinero. El folleto de una inmobiliaria, Corcoran, se me cae de entre las páginas del periódico. Entre las ofertas encuentro un piso de 370 m² en el edificio Time Warner por cincuenta millones de dólares. «Encontrar un nuevo hogar puede ser como buscar un nuevo amante sin dejar el actual —dice el folleto—. No hay nada como enamorarse...»

En el *New York Observer* un promotor inmobiliario aconsejaba al recién elegido alcalde Bill de Blasio: «No te interpongas... El hecho de que la ciudad sea inasequible es un síntoma de progreso. Es lo que se llama un problema bueno». El promotor no veía motivos para disculparse por ayudar a hacer inasequible la ciudad. «Siento haber creado tantos empleos —decía, sarcásticamente—. Siento que tanta gente quiera vivir aquí.»

¿Es posible que una ciudad tenga demasiado éxito para su propio bien? ¿Una ciudad donde haya poca delincuencia, el metro sea puntual, la cultura de talla mundial y los restaurantes reciban estrellas Michelin? Sí, porque significa que no podrás permitirte vivir en ella. Una cosa es que te excluyan cuando acabas de llegar, y otra que te excluyan de la ciudad donde tu familia ha vivido durante cuatro generaciones y que los culpables de esa exclusión sean gente que acaba de bajarse de un avión llegado de Berlín o París.

No hace mucho me paseaba, en Estambul, por un suburbio cerca del río, que se está gentrificando a marchas forzadas. Charlé con el propietario de un café de larga tradición que me dijo: «Quiero que mis hijos sean la cuarta generación que nazca aquí». Parece poco probable, porque justo enfrente hay otro café de moda entre los artistas y los recién llegados al vecindario. El hombre me contó que los artistas tienen sus propios locales, que no se mezclan con el resto del barrio.

Lo cual me dio que pensar: si viviera en un piso de renta limitada en un barrio duro y quisiera asegurarme de que no van a subirme el alquiler, dispararía al primer artista que se mudara a mi manzana. Porque después de los artistas llegan los banqueros que quieren salir con artistas y después se duplica el precio de los alquileres.

Los pobres no son los únicos que están siendo expulsados de la ciudad. «Cuando tienes un segundo hijo, tienes que marcharte», me comentó un amigo de clase media de Brooklyn. «Es abusivo», me dijo otra amiga, una madre relativamente acomodada que no puede permitirse dos colegios privados y no confía en la escuela pública.

¿Los hijos de las afueras, cuando encuentren pareja en la ciudad, se instalarán en ella para tener hijos? Ciudades como San Francisco y Berlín comienzan a descubrir que las familias con hijos están abandonando la ciudad en busca de viviendas más grandes y mejores escuelas. Entre 2000 y 2010, el número de niños de menos de catorce años de las ciudades estadounidenses descendió en más de medio millón. Las mayores caídas se registraron en Nueva York, Chicago y Los Ángeles; Chicago tiene 145.000 niños en edad escolar menos que hace diez años. Una ciudad sin niños es algo melancólico, como un bosque sin pájaros.

Conocí a un veterano periodista y director de revista que vivía expatriado en un piso grande en Hong Kong. Pero la revista para la que trabajaba cerró y tuvo que volver a Londres. «Mi hijo, que tiene diecisiete años y mide metro noventa y cuatro, tiene que compartir litera con su hermana de doce años», me contó. En el lujoso edificio de enfrente de su piso del centro de Londres apenas ve luces encendidas en un par de viviendas. Mi amigo va a mudarse de Londres a Westchester, donde él y su familia tendrán que vivir con sus suegros.

¿Una ciudad debería ceder el control de su parque de viviendas, limitado, a personas que en realidad no viven en ella? De acuerdo con la Oficina Censal, el 30 por ciento de los pisos situados entre la calle Cuarenta y nueve y la Setenta, desde la Quinta a Park Avenue, están vacíos

al menos durante diez meses al año. Presenciamos este mismo fenómeno de barrios urbanos vacíos en todo el mundo. Las causas varían: alquileres congelados por ley a niveles de 1944 en Bombay; viviendas adquiridas por especuladores extranjeros en Nueva York y Londres que prefieren mantenerlas vacías; movimientos de protesta social que ocupan edificios vacíos enteros en el centro de São Paulo, edificios de los que después escapa todo el mundo.

En Río, las nuevas favelas pacificadas están repletas de guardias de seguridad. El programa de «pacificación» estatal, que ha librado a los residentes de la favela del despotismo de los narcotraficantes, también ha traído una seguridad que alienta la gentrificación. En algunos casos, los alquileres se han triplicado. Conozco a jóvenes europeos y estadounidenses que viven en Cantagalo y Rocinha, enamorados de las vistas espectaculares y la vibrante escena cultural. Todo lo cual es maravilloso; hay que integrar las favelas en el resto de la ciudad. Siempre y cuando los jóvenes europeos y estadounidenses —y los jóvenes brasileños de fuera de las favelas— no expulsen a la gente que las mantuvo vivas y vibrantes mientras fueron un lugar peligroso infestado de drogas. «La gentrificación es como el colesterol —apunta mi amiga Amanda Burden, que, como responsable de urbanismo con el alcalde Bloomberg, recalificó una de cada cinco manzanas de la ciudad—. Hay gentrificación buena y mala.»

Debemos analizar a quién incluye y a quién excluye la ley. Las grandes ciudades florecen cuando permiten cierta ilegalidad acomodaticia. El problema en este momento es que puedes estirar la ley o directamente desobedecerla si eres rico —como demuestra la apropiación de tierras a gran escala de las zonas industriales de Mumbai, una apropiación que el Tribunal Supremo ha aprobado retroactivamente—, pero para los pobres la ley es inflexible. Los pobres viven en un estado permanente de inseguridad legal, sin saber nunca qué ley les aplicarán.

Tómese como ejemplo el debate sobre las viviendas ilegales en los sótanos de Nueva York. En Nueva York se alquilan ilegalmente entre cien mil y doscientos mil espacios (sótanos, garajes y pensiones). Cerca de medio millón de neoyorquinos viven en ellos. Tres cuartas partes de las viviendas incorporadas al mercado en Queens desde 1990 son ilegales.

La amplia mayoría de estas conversiones se produce en barrios de inmigrantes de Queens y Brooklyn. Algunas son sórdidas casas de vecinos sin luz ni ventilación; otras son lugares en los que tú o yo viviríamos. Algunas las alquilan caseros sin escrúpulos que explotan a inquilinos que ignoran o no pueden exigir sus derechos. Otras —a menudo cuando detrás hay una etnia común— son apaños acordados en los que casero y propietario forman una familia, comen juntos, se ayudan a manejarse por esta tierra nueva. Los abogados especializados calculan que al menos la mitad de tales espacios son perfectamente habitables y deberían legalizarse.

Muchos de los tipos habitacionales de Nueva York son absurdos y arbitrarios. Si la mitad de la unidad está por encima del nivel de la calle, se considera un «sótano» y puede alquilarse legalmente. Si la mitad queda por debajo de la calle, se considera «bodega» y no puede alquilarse.

El casero podría enfrentarse a una multa de 15.000 dólares y un año de prisión.

El estado de Nueva York define «emergencia habitacional» como tasas de disponibilidad de vivienda por debajo del cinco por ciento. La tasa de disponibilidad actual de la ciudad es del 2'1 por ciento. La mitad de los neoyorquinos destina más de un tercio de sus ingresos a pagar la vivienda; un tercio de ellos destinan más de la mitad. Necesitan, desesperadamente, más opciones habitacionales y más baratas. Una de las más obvias es legalizar los sótanos habitados, pero muy pocos políticos quieren abordar ese asunto por temor a enfrentarse a la oposición vecinal. El alcalde Di Blasio ha anunciado un plan para crear 200.000 viviendas asequibles a lo largo de la próxima década, con un coste de 41.000 millones de dólares, en ingentes torres distribuidas por los cinco grandes distritos. Pero hay 200.000 viviendas todavía más asequibles que ya existen, delante de nuestras narices. No las excluyamos de la ley.

La conversación sobre urbanismo hoy en día se parece a una misa en latín, está cargada de una jerga que refuerza las barreras protectoras de un gremio profesional. Los debates de los urbanistas suenan a conversaciones entre edificios. De resultas, la gente de Mumbai y Ciudad de México no escucha a los urbanistas listos y competentes porque no hablan un lenguaje que les resulte comprensible. O solo hablan idiomas internacionales como el inglés o el mandarín, pero no las lenguas locales como el maratí o el fujiano. No conozco proyectos conjuntos entre los departamentos universitarios de urbanismo y los de periodismo. Conozco a muy pocos escritores o periodistas que de verdad entiendan cómo funciona una ciudad. Y los que lo entienden no saben traducirlo a una historia que atrape al lector común que ojea las páginas de cotilleos. Mientras, los promotores inmobiliarios invierten en narradores profesionales para vender sus sueños edulcorados de piscinas y bloques rodeados de parques a una población mal informada.

Si los teóricos de la literatura o los filósofos escriben en una jerga incomprensible tal vez entorpezcan la capacidad del resto de la población de comprender la literatura o la filosofía, pero no van a afectar a su vida cotidiana. Pero cuando se trata de urbanistas, sus sueños pueden convertirse en nuestras pesadillas. Los demás tendremos que caminar por ellos, dormir en ellos, habitarlos. Necesitamos comprender el relato que nos están vendiendo.

Es fundamental que los urbanistas salgan de la academia a la esfera pública, que le cuenten a la gente de Bombay por qué no pueden combatir el tráfico construyendo un puente gigante porque lo único que conseguiríamos sería llegar antes al mismo atasco. O contarles a las personas que viven en comunidades valladas de Estambul, una de las ciudades más seguras de Europa, que si mirasen lo que pagan mensualmente en seguridad privada descubrirían que les saldría más barato que los atracaran cada mes. Estoy defendiendo la importancia crucial del urbanista como intelectual público. Porque sin voluntad política, todos nuestros grandes planes urbanísticos no pasarán de la mesa de dibujo. Y solo puede generarse voluntad política si informamos y entusiasmos al público con nuestros proyectos. El público está preparado,

porque le entusiasma estar en una ciudad.

Pero en toda narración la elección de las palabras empleadas es crucial. Y la más aterradora de todas las palabras, en la historia de una ciudad, es la palabra «suburbio». ¿Qué es un suburbio? Tal como explicó en una ocasión el arquitecto Rahul Mehrotra: «Como a ti y a mí no nos gusta lo llamamos suburbio». La palabra está cargada de connotaciones, sobrecargada, a punto de volcar. Las gentes de los suburbios de Mumbai emplean otra palabra: *basti*, comunidad improvisada. En un *basti* abundan los espacios comunes: en la cola para el lavabo, en la cola para el agua, en los trozos de tierra donde los niños juegan al críquet, ante los cientos de pequeños comercios que cubren todas las necesidades humanas. La construcción del *basti* es crucial para el «espíritu de Mumbai», que salva a la ciudad una y otra vez, en las inundaciones, en los disturbios y en los ataques terroristas.

Cada habitación del *basti* se ha construido exquisitamente a medida, hasta el último detalle, incluidas paredes y techo. Cada habitación es diferente y se ha ido adaptando con las décadas a las necesidades de sus propietarios. Tienen una flexibilidad infinita, suman divisiones y plantas según el número de miembros de la familia. Son de colores, por dentro y por fuera, a gusto de los propietarios. Mirad un arrabal de cualquier parte del mundo: es multicolor. Mirad después la vivienda pública que lo reemplaza cuando lo derriban: es monocroma. También es anónima, genérica, fungible; un triunfo de la anomía frente a la comunidad. La mayoría de esos edificios son exactamente iguales, no solo en Bombay, también São Paulo, Jakarta, Johannesburgo.

En Bombay está produciéndose una apropiación masiva de tierras bajo el nombre de SRA (siglas inglesas de la Oficina para la Rehabilitación de los Suburbios), conforme a la cual, si el 70 por ciento de los residentes de un vecindario calificado de «suburbio» acepta que se derribe la colonia a cambio de que promotores, mayoritariamente privados, edifiquen vivienda protegida, la opinión del 30 por ciento restante no importa. Tal como me lo explicaron en una visita a los arrabales de Jogeshwari: «El 70 por ciento es el cien por cien».

Las personas que conocí mientras me documentaba para escribir *Ciudad total* en la década de 1990, personas que participaban activamente en los disturbios, en el hampa, en la política, ahora están todas en el sector inmobiliario. Los constructores reparten dinero a puñados entre matones con objeto de engatusar o forzar al 70 por ciento de los residentes de un suburbio para que firmen. El trato entre promotores y gobiernos es como sigue: construirán las viviendas de lujo para los ricos si también levantan nuevos alojamientos para los pobres.

Cada piso de sustitución tiene un máximo de 25 m² de superficie interior útil. Suficiente para un salón y un dormitorio pequeños separados por una cocina también pequeña. Cada piso tiene lavabo. Todo lo cual suena estupendamente. Es decir, hasta que hablas con alguien que se haya instalado en uno de esos pisos. «Nuestra *sanskriti* (cultura, valores) no está en esos pisos», me expuso con tristeza un anciano mirando a los altos bloques de viviendas. Las puertas en el *basti*

siempre están abiertas; las puertas de los pisos casi siempre están cerradas. Ciudades de todo el mundo están derribando las torres de vivienda social; Bombay las construye a un ritmo frenético, decenas de miles de bloques.

¿Quién construye esas estructuras penosas por todo el mundo? En algún lugar del planeta, en alguna oficina gubernamental de urbanismo, tiene que sentarse un arquitecto loco. Desde su guarida, diseña todas las viviendas públicas del mundo.

Nos maravillamos ante la ciudad vieja de Lisboa; pagamos extra por vivir en el Trastevere o el Marais o el East Village, todos ellos «suburbios» hace cien años. Nuestros jóvenes ahora quieren vivir donde vivió la otra mitad. Una amiga mía, una joven judía neoyorquina, buscaba piso en el Lower East Side. Cuando su madre se enteró le recordó: «Me he pasado media vida tratando de salir de allí».

El mayor reto al que se enfrentan las ciudades del mundo es el alojamiento, en todos los sentidos. El Gran Bombay acoge a más de veinte millones de personas y algunas zonas de la ciudad interior tienen una densidad de población de más de un millón por milla cuadrada. ¿Cómo diantre se supone que van a convivir tantas personas? La ciudad de Nueva York está aterrada porque las proyecciones señalan un aumento de un millón de habitantes a lo largo de los próximos veinte años; pasará de ocho millones de neoyorquinos a nueve. Bombay crece en un millón de habitantes al año.

Mientras escribía el libro comprendí que Bombay sobrevive gracias a diversas redes de solidaridad entre los pobres.

El 27 de julio de 2005, Mumbai alcanzó un nuevo récord histórico de precipitaciones: cayeron 940 mm en un solo día. La inundación sacó a la luz lo mejor y lo peor de la ciudad. Cientos de personas murieron ahogadas. Pero, a diferencia de lo ocurrido después de que el Katrina azotara Nueva Orleans, la ciudad no se sumió en el caos; incluso a pesar de la ausencia de la policía, los delitos no aumentaron. Y fue porque los bombayitas estaban ocupados ayudándose unos a otros. La gente de los *bastis* salió a la carretera y acogió en sus casas a los motoristas en apuros e hizo sitio para uno más en las chabolas, donde la media de ocupación es de siete adultos por habitación. Los voluntarios se hundieron en el agua hasta la cintura para repartir comida a las 150.000 personas que se habían quedado atrapadas en las estaciones del ferrocarril. Se formaron cadenas humanas para rescatar a la gente de la inundación. En general la maquinaria gubernamental brilló por su ausencia, pero nadie esperaba lo contrario. Un *basti* bombayita es un sueño anarquista porque todos los servicios que debería suministrar la administración —agua, electricidad, transporte, seguridad— en la práctica están privatizados. Los bombayitas se ayudan entre ellos porque han perdido la fe en que el gobierno los ayude. En un planeta de urbanitas, así es cómo vivirán y saldrán adelante la mayoría de los seres humanos en el siglo XXI.

El segundo principio: No excluir a nadie de la celebración.

Hoy las ciudades son lugares enormemente desiguales; el porcentaje de neoyorquinos de mayor renta gana en un día más que el 44 por ciento de menor renta en un año. La paradoja está en que pese a ello trasladarse a una ciudad sigue siendo el modo más efectivo de que los pobres mejoren su nivel de vida. En Estados Unidos, ciudades como Detroit y Baltimore —lugares que no poseen una gran diversidad en términos étnicos o que dependen de una única industria— se están estancando. Pero a ciudades como Nueva York, que anima activamente a la inmigración, les va mejor que nunca.

Las ciudades pueden estar tratando de atraer inmigrantes, dándoles la bienvenida. El valor de la diversidad étnica, como cultura, es uno de esos intangibles que cuesta medir en términos económicos. Pero muchos de los ingenieros y diseñadores informáticos y creativos que hacen atractivas las ciudades viajan mucho y quieren oír que en la calle se hablan idiomas distintos, quieren poder elegir entre pupusas o parathas para comer. Por tanto, la diversidad étnica puede revitalizar esas viejas ciudades industriales de los países más ricos, devolverle la importancia al centro.

El alcalde de Schenectady, en Nueva York, así lo entendió en 2002. Schenectady es una ciudad industrial venida a menos; tiene 62.000 habitantes y está situada al norte del estado, una zona muy contaminada por las chimeneas de las fábricas. Cuando las fábricas cerraron, con ellas desapareció la energía de la ciudad. Un tercio de la población, mayoritariamente de origen italiano, alemán y polaco, se marchó. El centro de la ciudad parecía víctima de una catástrofe. Entonces el alcalde, Albert Juczynski, mientras ayudaba a un guyanés local a levantar un templo en una finca municipal vacía, oyó hablar de una empresa de inmigrantes guyaneses instalados en Nueva York. El guyanés le dijo al alcalde: «No creemos en las subvenciones públicas», y el alcalde, nieto de inmigrantes polacos, respondió: «Somos de la misma cuerda».

De modo que el alcalde Juczynski empezó a invitar a autocares llenos de guyaneses de Queens a su ciudad, a enseñarles Schenectady, a llevarlos a casa de sus suegros a beber vino casero. De vez en cuando, iba a la avenida Liberty de Richmond Hill a estrechar manos guyanesas, a comer curry de cabra picante y a beber su ron. A la ciudad de Schenectady le cuesta 16.500 dólares derribar una casa; es mejor política ofrecérsela a un industrial guyanés por un dólar a condición de que la rehabilite.

En la actualidad, en el centro de Schenectady viven y trabajan diez mil guyaneses, un 12 por ciento de la población. Tienen pequeños colmados, negocios de seguros y de envío de dinero y restaurantes. Schenectady tiene una liga de críquet y políticos guyaneses. Han ayudado a darle la vuelta a la ciudad. Porque la ciudad ha incorporado una nueva especia a la mezcla.

Y a los seres humanos las ciudades les gustan especiadas. Nuestros jóvenes vienen a la ciudad en busca no solo de amor, sino también de peligro. Se desvían del camino para cruzar por un

parque posiblemente amenazador, beben en sórdidos locales nocturnos, viven en peligrosos barrios de inmigrantes. Forma parte de la emoción de la vida urbana para aquellos que han crecido en las afueras residenciales, donde el mayor peligro es que la poli reviente una fiesta en busca de fumetas. Estos jóvenes se han criado viendo películas policíacas en la tele, historias que para ellos definen la ciudad tanto como *Sexo en Nueva York*. Si ven un tiroteo en la calle, no se asustan. Es otra anécdota con la que volver a su pueblo en Acción de Gracias y horrorizar e impresionar a los paletos.

Cuando me mudé al East Village, cerca de Tompkins Square, a principios de los años noventa, mi madre vino a inspeccionar la zona antes de que firmara el contrato de alquiler. Nos sentamos en la terraza de una cafetería de la Avenida A y se puso a observar a los camellos, los polisexuales con piercings y tatuajes, a los adolescentes latinos paseándose con sus radiocasetes. Llego llamó a mi padre, que le preguntó qué clase de vecindario era. «Está lleno de... —empezó a decir mi madre, y se detuvo a pensarlo bien— artistas.»

La emoción metropolitana, una caótica sensación de posibilidad, el desacato a los códigos de ordenamiento urbano, las tiendas que ocupan las aceras, el escalofrío del peligro... todas estas cosas colectivamente conforman lo que distingue a una gran ciudad de un barrio residencial: el bullicio. A estas alturas de la civilización humana la mayoría de los que vivimos en países ricos y seguros estamos... aburridos. Los barrios residenciales de las afueras son aburridos. Están tan programados, tan controlados por leyes, códigos y normas, que el ser humano se marchita. Quizá sea una necesidad evolutiva: enfrentarse a lo inesperado. Como el ejercicio: ¿por qué vamos al gimnasio a torturar nuestros cuerpos, a realizar el trabajo físico que llevamos intentando evitar la mayor parte de nuestra historia como especie? Igual que la falta de trabajo físico nos vuelve fofos y termina por matarnos, la ausencia de bullicio nos embota el cerebro y nos atonta.

Cuando camino por la ciudad estoy atento a la excentricidad, a lo impredecible, incluso al riesgo manejable. Cada vez que me atracan consigo una nueva anécdota. Estos encuentros violentos enriquecen mi relato vital, me convierten en una persona más interesante que alguien que haya vivido siempre en la seguridad de un barrio residencial de las afueras. Cuando visito ciudades por el mundo busco siempre algo de bullicio.

Las listas de las «mejores ciudades para vivir» que publican las revistas financieras son de risa: las confeccionan banqueros expatriados. Siete de las diez primeras de la clasificación de 2015 según Economist Intelligence Unit están en Australia o Canadá. Las manifestaciones en favor de la democracia del año pasado en Hong Kong comportaron que la ciudad bajara un 3'2 por ciento en la clasificación. «La calidad de vida en Hong Kong se ha visto perjudicada por las manifestaciones que tuvieron lugar el año pasado», aseguraba el analista de EIU. Por tanto: las protestas democráticas hacen que no se pueda vivir en una ciudad. Con este criterio, la ciudad ideal sería Pionyang.

Camberra, Ginebra y Calgary son ciudades preciosas y mortalmente aburridas. Todas salen bien paradas en las listas porque casi no tienen inmigrantes, pobres ni el caos necesario que define la vida en la gran ciudad: la expectativa de que, en palabras de Joan Didion, «podría ocurrir algo extraordinario en cualquier minuto, cualquier día, cualquier mes». Una gran ciudad tiene la capacidad, como pediría Bob Marley, de «agitar».

La ciudad nunca ha sido un lugar más excitante que ahora para vivir. Un migrante de Bahía o Bihar sentirá la misma emoción y el mismo orgullo de su ciudad mientras pasea por la playa de Copacabana o por Marine Drive que los gringos como tú o como yo. Quieren formar parte de la celebración. La celebración debe ser como Coney Island: abierta, asequible y accesible.

Interlocal

Las dos célebres ciudades entre las que me muevo una y otra vez como si fuese un péndulo desde los catorce años son Bombay y Nueva York. ¿Cuál es mi hogar?

Muchos de los afortunados que contamos con los papeles correctos no vivimos ni en un sitio ni en otro, sino en un continuo entre nuestro lugar de nacimiento y aquel al que emigramos. Desde la década de 1990 se han multiplicado los viajes aéreos por el mundo. ¿Qué es el exilio cuando el vuelo de ida y vuelta cuesta 500 dólares?

¿Dónde está el hogar para gente como nosotros? ¿Somos indios o estadounidenses? ¿Somos bombayitas o neoyorquinos? Ambas cosas y ninguna. Las comunidades de personas que hoy día se mueven de una localidad a otra, ya sea pueblo o ciudad, podrían denominarse «interlocales». El término «interlocal» significa «situado entre varios lugares, o que pertenece a ellos o los conecta».

Interlocal no es transnacional; un interlocal no trasciende nada. Conecta dos o más lugares en los que está profundamente arraigado, liberado de cualquier lealtad debida a una nación en particular. Ser nacionalista significa que tienes que excluir lo internacional; a menudo un Estado-nación se define por lo que no es, como la ecuación del BJP según la cual ser indio equivale a ser hindú o la declaración de muchos republicanos de que Estados Unidos es una nación judeocristiana.

Interlocal también es lo opuesto a «globalizado», a la clase internacional de adinerados restos flotantes empresariales que se mueven entre aeropuertos, hoteles de negocios y centros de convenciones del mundo, consumiendo a placer, sin saber siquiera qué es lo local en las ciudades de las que van y vienen en avión.

El migrante interlocal, por otro lado, es plenamente consciente de la textura de su entorno físico inmediato y trata con él. Sabrá dónde comprar la mejor pizza en porciones de Astoria así

como el mejor hummus del centro de El Cairo. Puede que se sienta fuertemente ligado a esas localidades, pero con una lealtad abierta, incluso promiscua, que le permite pertenecer a múltiples y heterogéneos lugares. Puedes ser interlocal y patriota, pero, a diferencia de la definición habitual de patriotismo, puedes albergar sentimientos patrióticos por más de un país.

Al interlocal le cuesta concebir ir a la guerra por su localidad. Estados Unidos y la India podrían entrar en guerra, pero Jackson Heights jamás podría declararle la guerra a Andheri. Ambos cuentan con una nutrida población de interlocales, que se refieren las noticias sobre la humanidad unos a otros. También ejercen de embajadores culturales de las localidades entre las que viajan. Así, en Jackson Heights, mi familia descubrió la pizza, los tacos y el falafel. Y cuando regresábamos a Bombay cocinábamos esos platos fabulosos a los parientes para que también ellos pudieran disfrutarlos. Los interlocales enriquecen de múltiples maneras los lugares que conectan.

Sí por casualidad una gélida mañana de enero cruzáis el puente de Manhattan quizá tengáis que dejar paso a varios cientos de jóvenes corredores mexicanos vestidos con sudaderas estampadas con una imagen del Padre Jesús, el patrón del municipio de Ticuani, en Puebla. Tal como documenta Robert Smith en su fascinante obra *México en Nueva York*, esos jóvenes viven en Sunset Park, Brooklyn, y están recreando la Antorcha, una peregrinación ritual en forma de carrera en honor al santo de la población mexicana de Ticuani. En este caso, corren de una iglesia del bajo Manhattan a una iglesia de Brooklyn, donde rezarán a una réplica a tamaño natural del mismo Padre Jesús que en su parroquia de origen. Las adolescentes ticuanenses de Sunset Park se dejan el pelo largo para ofrendarlo al santo de México: «Así, un icono religioso mexicano de ciento cincuenta años de antigüedad se adorna con un cabello decolorado y permanentado que ha crecido en Brooklyn», escribe Smith.

Los ticuanenses de Sunset Park vuelan a menudo a Ticuani para la festividad del Padre Jesús y luego regresan y la recrean en Brooklyn. De esta manera preservan su identidad cultural en el nuevo mundo y mantienen una continuidad entre los rituales de la tierra que dejaron atrás y la que ahora habitan. Quienes pueden permitirse volar a Ticuani pueden vivir en un continuo entre ambos mundos; los que no tienen dinero o papeles en regla pueden postrarse ante el Padre Jesús de la iglesia de Brooklyn y sentirse parte de la extensa familia internacional de su pueblo. Los ticuanenses son interlocales; más que de México o Estados Unidos, o incluso de Nueva York o Puebla, son de Sunset Park y Ticuani.

Conozco a un grupo de chinos malasios que viven en un edificio de la calle Allen. Trabajan en restaurantes, salones de belleza y lavanderías a escasas manzanas de allí. Proviene de los mismos pueblos de Malasia; los recién llegados de dicha región son recibidos en el edificio con

una «política de puertas abiertas». Por todo Chinatown se ven carteles en los sótanos de asociaciones de diversos pueblos. Los inmigrantes de la provincia pueden dirigirse a la asociación de sus compañeros interlocales y conseguir cama para unas noches y ayuda para encontrar empleo o alojamiento.

Después están los interlocales dentro de su país. Si se analiza la estructura de los suburbios, cabe considerarlos pueblos dentro de la ciudad. En los de Bombay, se identifica perfectamente qué pueblo representa cada sección del arrabal en particular. Basta señalar una zanja o un canal de desagüe y preguntarle a un lugareño cómo se llama; lo más probable es que responda con el nombre de un río de las lejanas Bihar u Orissa, de donde provienen los vecinos. La comunidad plantará el mismo tipo de árboles que tenían allí en cualquier claro del suburbio; el templo que erigirán debajo acogerá a la misma diosa que veneraban en el pueblo; los pájaros que cantarán en las jaulas que cuelguen de sus ramas serán los mismos que oírías en los bosques de alrededor del pueblo.

He presenciado el mismo fenómeno en Lisboa, en un asentamiento ilegal en la periferia de la ciudad llamado Cova da Moura. Allí viven setenta mil personas desde los años sesenta, la mayoría inmigrantes de Cabo Verde. Cada calle de esta villa miseria luce un mosaico con el nombre de un río o una población del país isleño situado tres mil kilómetros al sur.

De esta manera la geografía espacial del pueblo se transporta a la ciudad, haciendo la metrópoli más familiar. Para el migrante interlocal, el mayor miedo en la ciudad no es la falta de agua o de seguridad, es la soledad.

Puedes ser interlocal sin ir y venir de casa. Conocí a un grupo de uzbekos en un sótano ilegal de Corona, en Queens. Trabajaban todo el día, siete días a la semana, en la construcción y en cocinas. En el escaso tiempo libre que les quedaba, miraban por la ventana: a una pantalla de televisión que mostraba sin parar escenas domésticas de la fabulosa Samarcanda, adonde no podían regresar hasta tener la residencia.

Los vídeos los mandaban las familias, postales del hogar largas como películas donde los parientes se dan festines de *plov* y construyen grandes casas, todo ello costado con el dinero que envían los hombres del sótano.

En el sótano infestado de cucarachas, esta era la trascendencia de los uzbekos. Les daba algo por lo que trabajar: la casa de una familia, la asistencia médica de una esposa, la educación de una hija. Los vídeos reafirmaban su categoría de sostén económico. Y así luego podían dormir satisfechos sobre un gastado colchón con los roedores correteando por el techo y las lavadoras girando en el local vecino. Eran interlocales virtuales; las localidades adonde iban y venían eran el mundo soñado de Samarcanda y el mundo real de Queens.

Los nuevos locales formarán parte de las ciudades y áreas metropolitanas donde se instalan sin rendirse por completo a ellas. No tienden a sentirse plenamente «estadounidenses» o

«neoyorquinos» como hacían, presionados, los inmigrantes anteriores. Tal vez ocurra con sus hijos, pero incluso ellos mantendrán fuertes vínculos con los países o ciudades de nacimiento de sus padres. Los hijos también son interlocales y, por tanto, están mejor equipados para el inquieto siglo XXI, cuando el empleo o el matrimonio puede llevarlos a cualquier parte. ¿Dónde está su hogar, el mío?

Hitler llamó a los judíos «cosmopolitas desarraigados». También podría referirse a gentiles como yo. Siempre hemos sido la diana de la hostilidad genocida de los nacionalistas, puesto que no pueden aplicarnos los viejos antagonismos tribales. Pero estamos creciendo en número, día a día, año tras año. La mayoría de mis amistades se mueven en esta órbita. Esta semana veo a gente en Nueva York que vi la semana pasada en Bombay y podría ver la que viene en Londres. Nos movemos con facilidad entre París, Nueva York, Bombay, pero no nos sentimos en casa por mucho tiempo en Lille, Fargo ni Gorakhpur.

Los interlocales pueden ser ricos, pobres o de clase media. El primer y el tercer mundo están repartidos por las ciudades del mundo; en cada una de ellas, viven uno al lado del otro. Hay gente que vive en Bombay en la zona pudiente de Malabar Hill igual que vive en el Upper East Side neoyorquino o el Octavo Distrito de París; y en cada una de estas ciudades están rodeados de personas de otra clase de las que apenas saben nada. Hay áreas de Harlem con una tasa de mortalidad mayor que en Bangladesh. La distancia física entre Malabar Hill y los suburbios de Dharavi o entre el Upper East Side y el descarnado este de Nueva York es mucho mayor que entre Malabar Hill y el Upper East Side.

Tiempo antes de volver a instalarme una temporada en Bombay había dejado de considerarla mi hogar. El hogar no es una entidad geográficamente intacta; es donde están los míos. Mi mapa del hogar consta de un salón en Nueva York, un dormitorio en París y otro en Bombay y un guardamuebles cerrado desde hace tiempo en Calcuta: todos ellos son lugares donde vivo o he vivido. Voy de una ciudad a otra, a las casas y los pisos de amigos y parientes, y me siento igual de cómodo en cualquiera de estos lugares que conozco tan bien. Mantengo al margen el país exterior; el mobiliario y las costumbres de esas habitaciones se parecen. En todas estas ciudades, cumplo los mismos rituales: café colombiano por la mañana, almuerzo vegetariano indio a mediodía y pasta y vino por la noche. Si falta alguno de estos elementos, lo echo de menos. Así pues, añoro Bombay cuando estoy en Nueva York. Pero ya no es un anhelo angustiado, sobre todo desde que nacieron mis hijos. La mayor parte del tiempo el hogar está dondequiera que estén mis hijos.

Veintiún años después de irme por primera vez, volví a Bombay para averiguar si podía regresar al hogar. Transcurridos dos años y medio, obtuve la respuesta: maldiciéndola, quejándome, odiándola apasionadamente en ocasiones, queriendo regresar todo el tiempo a

Estados Unidos, sí. Podía vivir en Bombay y que el país me aceptara de nuevo en todos los sentidos, como indio, como bombayita. Igual que en los trenes increíblemente atestados, te echan, pero también te ayudan a entrar. Y, hecho el descubrimiento, satisfecho, por fin podía volver a salir con confianza al mundo. Puedo ser cosmopolita porque sé que soy indio.

Así, veintitrés años después de haber pisado por primera vez el aeropuerto JFK, regresé a Nueva York con la conciencia de que siempre estaría yendo y viniendo. No puedo vivir ni en Nueva York ni en Bombay, solo en un híbrido personal de ambas. He decidido, o se ha decidido, que voy a llevar una existencia repartida. No elegiré. Afirmo, con confianza, con orgullo, que no he echado raíces en una única ciudad. Me niego a vivir en una sola habitación. Mi hogar tiene muchas habitaciones. Mi hogar es un palacio, es la Tierra.

«¿Qué cosa es la ciudad si no es el pueblo?», pregunta uno de los personajes de Shakespeare en *Coriolano*.

Este fascinante libro nos habla de las ciudades; Suketu Mehta pone el foco en la población, en las distintas formas de comunidad, al tiempo que profundiza en los movimientos migratorios y la alienación que estos provocan. La estampida global hacia las áreas urbanas ha generado a su vez un conjunto de relatos alrededor de las metrópolis, historias oficiales y extraoficiales que de alguna forma logran atraer a los emigrantes.

A pesar de sus inconvenientes —la soledad, las desigualdades, los suburbios—, la ciudad logra crear un fuerte vínculo afectivo con aquellos que permanecen en ella y, como un organismo vivo, tiene una gran capacidad para sobrevivir, adaptarse y evolucionar. A falta de una buena gobernabilidad, una red espontánea de solidaridad repleta de pequeñas soluciones se pone en marcha para sostener una población enorme y heterogénea; es en este sentido que el autor se plantea cómo deberíamos diseñar una ciudad diversa que no excluyera a nadie.

Suketu Mehta es autor de ficción y ensayos periodísticos, y ha obtenido diversos galardones por su trabajo: el premio Whiting Writers, el O. Henry y la prestigiosa beca de la New York Foundation for the Arts. Mehta publica con asiduidad en *The New York Times Magazine*, *Granta*, *Harper's*, la revista *Time* y *The Village Voice*. Su primera novela, *Ciudad total: Bombay perdida y encontrada* (Literatura Random House, 2015), quedó finalista del premio Pulitzer 2005 y se ha convertido en un clásico contemporáneo entre los libros de viaje. En 2017, Literatura Random House publica su última obra, *La vida secreta de las ciudades*.

Título original: *The Secret Life of Cities*

Edición en formato digital: febrero de 2017

© 2016, Suketu Mehta

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Cruz Rodríguez Juiz, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Nora Grosse

Fotografía de portada: © Amy Casey

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3262-4

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Notas

[1] Traducción de Ángel Campos Pámpano publicada en *Pessoa. Un corazón de nadie. Antología poética (1913-1935)*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2001, p. 261. (N. de la T.)

[2] Rainer Maria Rilke; traducción de José María Valverde, Plaza y Janés, Barcelona, 1967. (N. de la T.)

Índice

La vida secreta de las ciudades

1. Migración. Narrar la ciudad
2. Alineación: La tristeza de las ciudades
3. Comunidad: ¿Qué es la ciudad sino la gente?

Sobre este libro

Sobre Suketu Mehta

Créditos

Notas